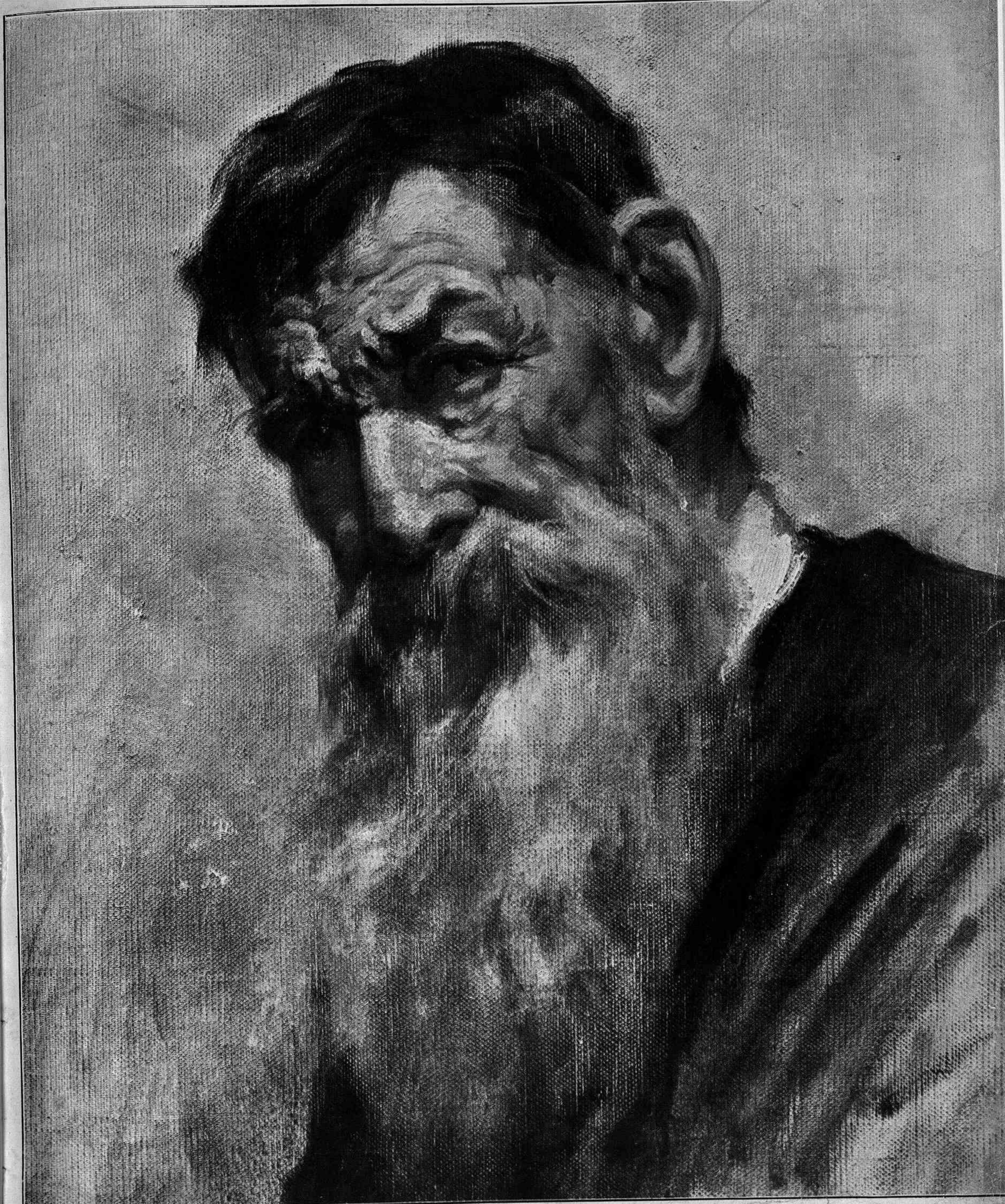


La Esfera

Año I * Núm. 37

Precio: 50 céntimos



**Despues
del
baño**



Petróleo Gal

**limpia
perfuma
conserva**

el cabello

A.Ehrmann.

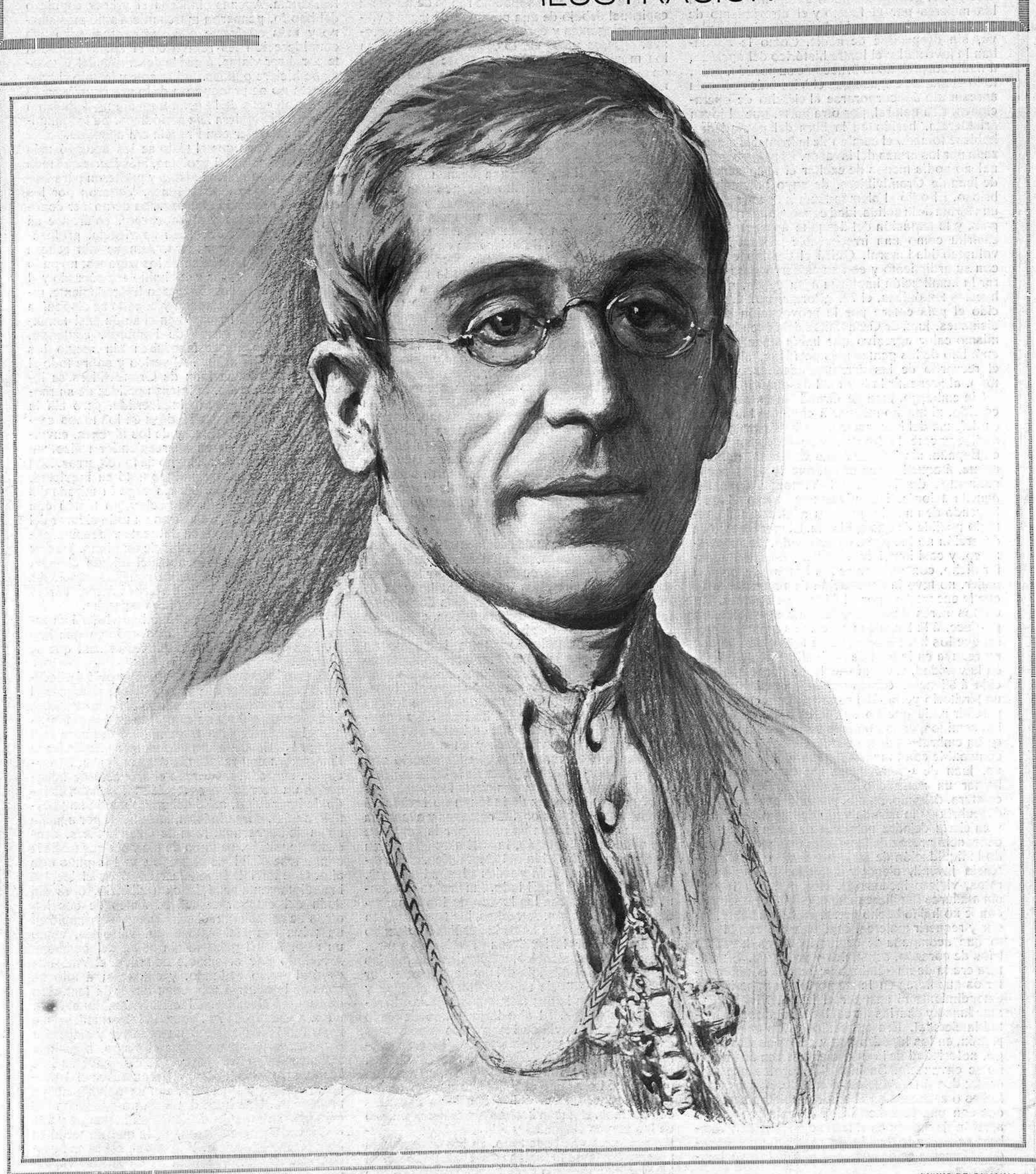
Año I

12 de Septiembre de 1914

Núm. 37

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL

S. S. BENEDICTO XV

Elegido Pontífice el día 3 del actual. Nació en Pequí (Génova) el 21 de Noviembre de 1854 y había tomado la investidura cardenalicia hace poco tiempo



DEL AMOR Y DE LA GUERRA EL BAUTISMO DE SANGRE

A PENAS rotas las hostilidades el vizconde Juan de Grandvilliers, que veraneaba á la sazón en Biarritz, en compañía de una aventurera de singular belleza, que deslumbraba á los hombres por el gentil desenfado de sus modales, y á las mujeres por el fausto y el atrevimiento de sus atavíos, desapareció de aquella risueña playa, sin despedirse de nadie. Como le abonaban la juventud y el lustre histórico del apellido, á nadie sorprendió lo brusco de su partida, pues, todo el mundo supuso que el Vizconde se habría apresurado á incorporarse al ejército de operaciones. Era natural, por otra parte, que el joven aristócrata, herido en la fibra del patriotismo, hubiese tomado el camino de la frontera, amenazada por las armas del invasor. El peligro nacional no podía menos de exaltar el temperamento de Juan de Grandvilliers, de suyo inflamable y brioso. El odio al alemán tendría que ser para él una forma de la solidaridad con los hombres de su país, y la tentación del desquite aparecería á su espíritu como una irrechazable perspectiva de voluptuosidad moral. Quizá el destino contase con su ardimiento y con su esfuerzo para reparar la humillación impuesta á su patria, por las huestes teutónicas, el 70. ¿Porqué no? Enardecido el país entero por la provocación de los alemanes, Juan de Grandvilliers debía sentir aquel mismo calor agresivo que había ganado ya el anónimo de las gentes más pacíficas, al evocar el recuerdo de las derrotas pasadas, y sobre todo, al presentir la hora del desagravio...

Sin embargo, Juan de Grandvilliers no había corrido, ni mucho menos, á empuñar las armas en defensa del honor nacional; había traspuesto sigilosamente la frontera y se había internado en España, sin dejarse á sus espaldas, naturalmente, á aquella aventurera, que le tenía por el momento, dominado. El Vizconde consumió aquella felonía, instintivamente, como el que, huyendo de un sitio, procura sustraerse al contagio posible de una epidemia. El movimiento de desertión no fué pues, premeditado, sino espontáneo, y casi impulsivo. Sintióse feliz, ó mejor dicho, contento, entre los brazos de aquella mujer, no tuvo la abnegación de renunciar á lo que le encantaba, por el bien de su patria. En ciertos seres desenfrenadamente sensuales, se produce, á la larga una especie de anestesia moral que los hace insensibles á toda emoción que no refluya en la médula espinal, en el paladar ó en la vanidad. Es como si la conciencia, reducida á silencio, concluyese por convertirse en un territorio yermo del espíritu. Impotentes para percibir nada que no sea halago inmediato de los sentidos, esos hombres caen, sin advertirlo, en un embrutecimiento que suele ser á menudo compatible con la más refinada elegancia externa. Juan de Grandvilliers era lo que solemos llamar un muchacho distinguido. De mediana estatura, delgado, enjuto, prematuramente calvo, descubría en la mirada vaga de sus ojos claros, y en cierta dejadez personal de buen tono, ese cansancio precoz de las gentes que han anticipado la liquidación de su haber vital en una existencia juvenil, alegre y disipada. Deportista á ratos, viajero incansable, rico, independiente y sin ataduras familiares que le cohibiesen, el Vizconde no había hecho nunca más que beber, jugar y requerir mujeres, casi siempre con el éxito que acompaña de ordinario á los hombres fríos de corazón, sensuales y pródigos. Su cultura era la de un «clubman»; residuos universitarios que flotan en la memoria sin adherirse al entendimiento ni sazonar el juicio, frivolidades mundanas y charlas de casino de dudosa pulcritud intelectual. Era conocido en los torneos de pichón, en los hipódromos y en las salas de juego, notoriedad de la que, dicho sea en su honor, no se envanecía. Su historial heroico era modesto; dos ó tres duelos, á espada, por motivos fútiles ó arañazos en el amor propio, desenlazados con una leve herida en el antebrazo, y el apretón de manos en el terreno donde dos hombres se hacen la ilusión de reconciliarse, cuando solamente se demuestran una calurosa indiferencia...

La aventurera se allanó, sin resistencia, á la fuga ó desertión del joven aristócrata. Era una

de esas mujeres divinizadas por los poetas decadentes que no pasan de ser en el mundo más que las intermediarias entre el dinero del hombre y la caja de la modista y el joyero; cortesanías que disimulan insondable fondo de barbarie espiritual debajo de una montaña de trapos vistosos, elegantes y caros. Rubia, menuda de carnes, ojizarca y con cierto desmayo enfermizo en los movimientos, que acaso fuese un síntoma de extenuación, pero, que imprimía á su persona un sello romántico, bien opuesto ciertamente á la elemental grosería de sus gustos, aquella mujer retenía por el momento al Vizconde cautivo de sus caprichos. Prestóse á acompañarle sin protestar, segura de que allá donde los condujese el azar seguirían divirtiéndose. España la atraía con el fulgor de una leyenda de torería, bandidaje y romanticismo que nos han hecho por ahí y que sobrevive, á despecho de nuestros progresos, porque la ignorancia extranjera es más permanente todavía, en ese respecto, que nuestro atraso. Detuvieron en San Sebastián, solamente para pernoctar, pues, al Vizconde le importaba el no ser visto en la capital donostiarra donde había estado muchas veces y había contraído esas amistades de paso que se contraen en los casinos y en los hoteles, que si no obligan á nada, dan al prójimo cierto derecho á echarnos el alto en la calle y á espetarnos unas cuantas preguntas estúpidas y ociosas, á las que por cortesía es menester contestar. Luego, premeditando unas dilatadas escapatorias, decidieron esconderse en un pueblecito de la costa, alejado de todo ruido mundano, que les permitiese pasar inadvertidos. Una indicación del mozo del hotel en que se alojaron en San Sebastián, les guió á Ondárroa, encantadora aldea vasca, limpia y humilde, no perturbada todavía por las elegancias estivales de los poderosos. La pareja se apeó una tarde frente á la fonda principal de la villa, aposentándose lo mejor que pudo y al día siguiente el vizconde y la aventurera, él irreprochable de indumentaria y ella con las toaletas vistosas que hubiera podido lucir en Ostende ó Deauville, se dirigieron muy temprano á la playa. Al principio la sencillez honesta de cuantos les rodeaba les sedujo. Dos docenas de familias diseminadas bajo los toldos, primitivos cobertizos de tela que ha improvisado la modestia, se distraían charlando mientras la chiquillería se bañaba casi á la orilla. Mar adentro hombres y mujeres braceaban con las olas, nadando unos y haciendo otros como que nadaban y allá lejos, en el infinito azul, el velamen de alguna lancha de paso, rompía la línea del horizonte. Las gentes dirigieron una mirada de curiosidad á los recién llegados y el vizconde y su acompañante se instalaron en unas sillas que les ofreció una mujer, disponiéndose á gozar de la brisa marina. A mediodía almorzaron con cierta forzosa frugalidad porque la cocina de la fonda no invitaba á la renovación de las orgías romanas y avanzada la tarde emprendieron un paseo por la carretera que conduce á Lekeitio, la cual abre su margen derecha en la dirección del Cantábrico, ofreciendo á la mirada toda la poética plenitud del mar. Las vertientes de aquel lado, tan pronto se acantilaban como muestran las lascas de los desprendimientos roqueños. A trechos, los terrenos bien cuidados descienden hasta las orillas bordeando las aguas. Por la izquierda el paisaje es otro. Pomaradas y castañales, confunden sus follajes disputándose el dominio del monte, que está, por lo bajo, invadido de una vegetación profusa y aborrecida en la que alternan el helecho, la retama y la aliaga. El aire impregnado de yodo marino y de la savia de las plantas montaraces es tónico y el silencio de aquellos lugares promueve una saludable sedación del espíritu. Pero, aquella existencia hu rilde y retraída, no tardó en cansarles. Lo mismo el Vizconde que su amiga eran poco sensibles á los apacibles encantos campesinos. Estaban hechos al tráfico mundano de las playas elegantes y á la frivolidad de ciertos balnearios de buen tono, en los cuales toda preocupación de la higiene está subordinada al febril exhibicionismo social, tal como se practica en las grandes urbes. Sordos á la sugestión poética de la naturaleza inefable, é impotentes para

buscar el secreto nexo que une el alma al misterio de las cosas, no se divertían más que entre ruido y entre muchas gentes, en la atmósfera malsana que forjan la ociosidad sensual y la maledicencia. Apenas sintieron el primer espolazo del hasío, pensaron marcharse á sitio más ameno y más conforme con sus gustos, pero una consideración les retuvo en la aldea vasca; el temor á ser vistos, á que la desertión del Vizconde se hiciera pública. Indiferente y frívolo el aristócrata no se preocupaba de lo que ocurría en su país. Los ecos de la gran tragedia no llegaban á él, pues ni siquiera leía periódicos. Su incomunicación epistolar con Francia era absoluta.

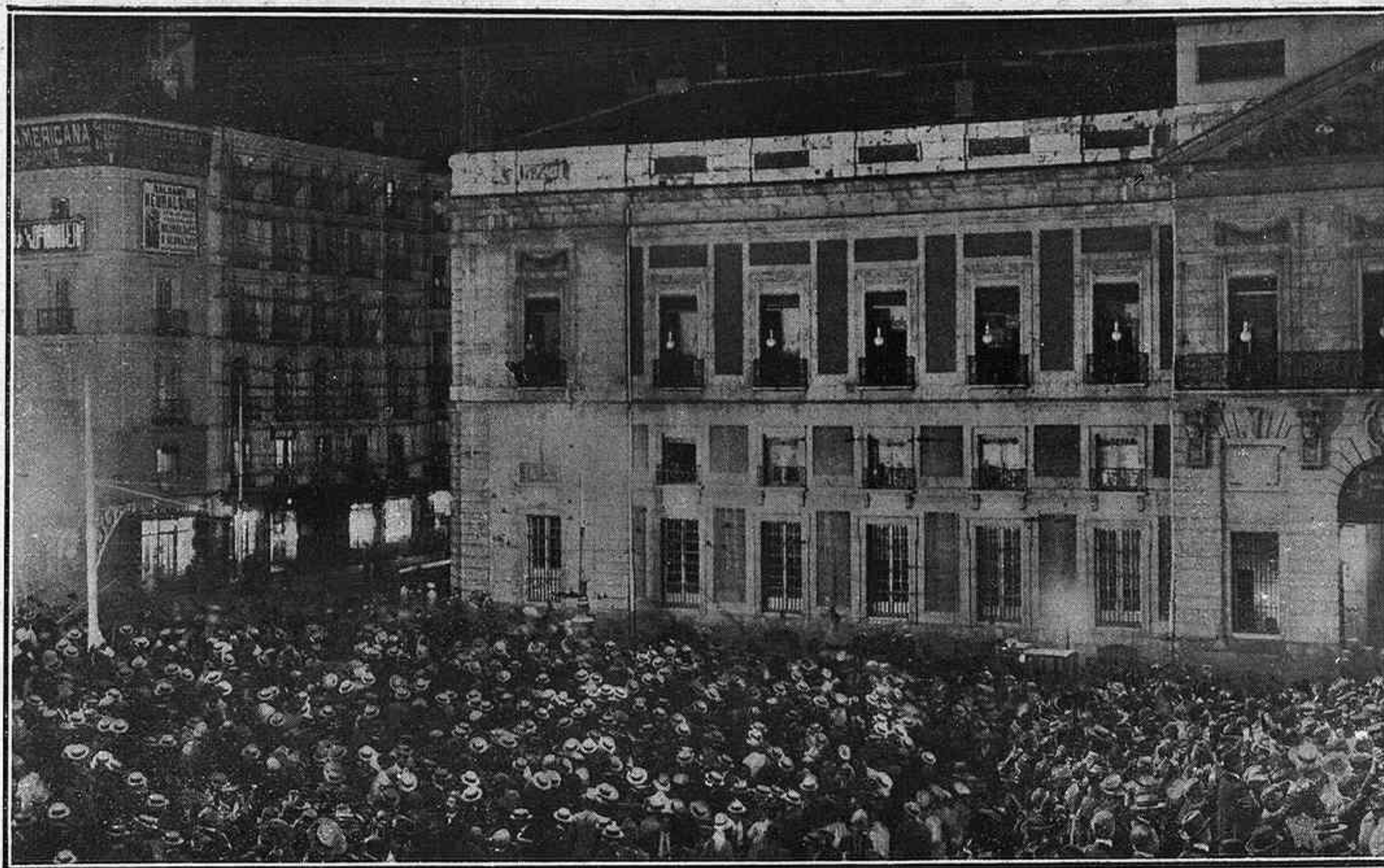
Cierto día en que el tedio se les agudizó más que de ordinario, el egoísmo, más fuerte que toda otra reflexión se les impuso y partieron para Bilbao, buscando distracciones. Vagaron por las calles á la descuidada, seguros de no ser conocidos ni espiados y al anochecer, coláronse en un restaurant de decorosa apariencia, profusamente iluminado por fuera. Aunque ella echase de menos allí la música de los ziganes; no pudo menos de reconocer que el sitio era cómodo y el servicio esmerado. Comieron holgadamente, regalándose con champaña y cuando se disponían á tomar el café, irrumpió en el salón casi tumultuariamente un grupo de hombres, cantando. Eran alemanes que festejaban sin recato los triunfos de sus armas. Al verlos y sobre todo al oírlos, el vizconde Juan de Grandvilliers se inmutó. A ser de día, la intensa palidez de su rostro no hubiese pasado inadvertida, pero allí la plenitud luminosa desliéndose en los tonos carmesíes de las cortinas y de los divanes, envolvía á las personas en su resplandor rojizo, un poco enturbiado por el humo de los cigarros. Ella que por conocerle de antiguo notó su inquietud, procuraba distraerle. Sin embargo la mirada del Vizconde permanecía fija en el grupo teutón con irritada hostilidad. Los otros en todo el furor del alcoholismo no cesaban de cantar, acompañando el vocerío á los acordes de un piano. Juan de Grandvilliers que no conocía el idioma alemán, barruntó no obstante que en aquellas canciones se escarnecía á su país. El espectáculo, por lo grosero y lo provocativo le exasperaba.

—Oiga usted—dijo en tono imperioso á un camarero—. Diga usted á esos señores que hay aquí un caballero francés que les ordena que se callen...

El criado, sorprendido, no se atrevió á obedecer. Fué menester que el aristócrata renovase el mandato con más ímpetu para que fuera atendido. Los alemanes ó no se enteraron de las palabras que el camarero les transmitió ó echándolas á broma las desdeñaron; ello es que prosiguieron la algazara con redoblada destemplanza. El Vizconde, sentado, maduraba el proyecto de imponerles un correctivo y estidiándolo estaba cuando de improviso, salió del grupo teutón un ¡muestra Francia!, coreado formidablemente por aquella turba de borrachos. Juan de Grandvilliers, densamente pálido, se puso de pie y sin que nadie le contuviese dirigióse al grupo con los puños en alto. Una terrible bofetada resonó en el local é inmediatamente produjóse un silencio, obra sin duda del estupor colectivo. Antes de que los otros se repusieran, el aristócrata prorrumpió en un ¡viva Francia! estentóreo, iracundo, como un reto. Aquél grito fué la señal del combate. Arrollado por el empuje de todos, el Vizconde cayó al suelo rodando, y entonces, á uno de ellos se le ocurrió una cosa atroz: la tentación de escupir al caído. El aristócrata, humillado, pero, ardiendo de ira, como si le acometiese una locura homicida, sacó un revólver y empezó á disparar ciegamente sobre el grupo, hasta que se le agotaron los proyectiles. Sus adversarios, heridos los más, se precipitaron sobre él á golpes, patadas y silletazos, con un salvajismo sin precedente. Una hora después, no quedaban allí más que un montón de despojos humanos y una mujer deshecha en llanto, de la que no tardó en apoderarse la policía. Y jamás se sabrá en Francia, que el vizconde Juan de Grandvilliers, desertor de sus banderas, ha muerto, obscuramente, por su patria...

MANUEL BUENO

LA "SENSACIÓN" DE LA PAZ



Manifestación celebrada en Madrid, ante el Ministerio de la Gobernación, á favor de la neutralidad

FOT. VILASECA

MIRA, lector, un instante hacia el fondo de tu conciencia; fíjate en las palabras que dice tu compañero de taller ó de oficina, tu camarada de tertulia en el café ó el casino; escucha un minuto el diálogo de tus chiquillos que llegan de la escuela ó del paseo y trastruecan y poetizan lo que han oído al pasar; atiende la sentenciosa frase que pronuncian los abuelos, que conocieron á Prim, y en la impresión de sus ideas borrosas, hablan del porvenir con comentarios y visiones del pasado; oye á la mujer discreta que advierte siempre al comenzar á hablar «de estas cosas de los hombres» que ella no las sabe ni las entiende... Todo eso, mezclado, fundido en una sola idea, en un solo sentimiento es la opinión pública. Luego, nosotros, los que hemos hecho del jugar con las palabras un afilado oficio, tomamos esa opinión, la interpretamos y aderezamos é imprimimos en nuestros periódicos. Es inútil que algunos, en nombre de la política, quieran convertirse de intérpretes en directores y que otros pretendan deformarla y contrahacerla. ¡Pobres naciones las que tal mal padecen y toleran, porque la opinión pública es el alma de los pueblos, es su espíritu, es su corazón que habla, es el instinto de la raza que le señala los senderos de su conservación, y donde es posible falsear esto y utilizarlo en logros, es que la muerte y la extinción andan cerca!

Ahora, en estos días, el lector puede advertir cómo el alma española se ha condensado y reunido en un solo pensamiento: la paz. Ha latido este ideal, este deseo vivísimo, con igual intensidad en la ciudad y en la aldea, entre las gentes cultas y entre los aldeanos y los obreros de las grandes urbes. Si ois hablar de ello á un campesino, que no sabe Geografía, ni Derecho internacional, ni Historia, ni lee periódicos, ni consulta mapas, escucharéis, con más rudas palabras, las mismas razones, los mismos argumentos que emplean las personas de mayor cultura. No es preciso que en los periódicos gastemos todos los recursos de la retórica en predicar la neutralidad; no es necesario que los más exaltados recorran las calles en manifestaciones tumultuosas, pidiendo el mantenimiento de la paz y execrando con mueras y maldiciones á los que quieren lanzarnos estúpida ó criminalmente á la guerra. No se hablaría ni escribiría una palabra de ello, y el sentimiento nacional, seguiría latiendo tan intensa, tan unánimemente como ahora. Es algo que se siente, que se respira, que está fuera de nosotros, que nos envuelve y nos rodea como nos envuelve la luz que viene del sol.

Así, podríamos decir, violentando las fórmulas del lenguaje y el significado de las palabras, que España goza la *sensación* de la paz; que la ve materialmente, que la toca con sus propias manos, que recibe de ella una caricia sensual. Los mismos daños que la guerra nos está oca-

sionando: falta de trabajo, carestía de subsistencias, depreciación de la riqueza, nos hacen prever con qué intensidad estos daños se multiplicarían y caerían, como látigos, sobre las harto flageladas espaldas del pueblo español, si España hubiese pretendido intervenir en la contienda.

En los viñedos andaluces, en las llanuras de la Mancha, en la costa catalana ha comenzado la alegre vendimia. De la viña al lagar, rechinan las carretas, dejando sobre la tierra un reguero de jugo. Se canta en los campos que Dios bendice fecundándolos. En las botas panzudas, en las enormes tinajas, quedará fermentando la cosecha de este año rojo, que luego será para nosotros trabajo, comercio y oro. Baco español, coronado de anchas hojas y pámpanos retorcidos, podrá entornar sus ojos adormecidos y ofrecer la copa llena á sus adoradores, como en el divino cuadro de Velázquez.

En cambio, allá arriba... ¡En Francia y en Alemania no hay vendimia; no hay cantares en los campos; las carretas no trazan su surco sobre los caminos!... Los admirables viñedos de Reims, cuando en ellos se doraban los racimos, cuando ofrecían á la mano del hombre el fruto cierto, de que habla el poeta, fueron pateados furiosamente por la caballería, que tropezaba en los nervudos troncos, que se enredaba en los sarmientos. Allí se mezcló la sangre con el mosto. Como en el símbolo de Noé borracho y desnudo, los hijos de la Humanidad tendrán que cubrir con velos esa embriaguez de muerte para no avergonzarse de ella. Y más allá, en los admirables viñedos de Koenigsberg, regalo de la vid á las razas del Norte, donde el sol realiza un milagroso esfuerzo para encerrar en la uva sus postreras calorías, también llegó la avalancha desbordada, que con su patear furioso lo arrasó todo.

¡Oh, qué dulce, qué cariñosa, qué alegre, la *sensación* de la paz! En la fiera humana, surge el instinto de la lucha, cuando vibran en sus oídos las agudas cornetas del regimiento que desfila, cuando retiemblan los arzones bajo el peso de la artillería, cuando se deslumbran nuestros ojos en el rápido sucederse los colores de uniformes, banderas y atalajes, cuando vemos tanta fuerza, tantas armas, tantos hombres adiestrados para la muerte, pero allá, en las humildes aldeas, en los caseríos labriegos donde no se sabe de la guerra, sino que van á ella los hijos y no vuelven... ¡con qué imperativa autoridad, con qué fuerza espiritual ha surgido esta vez para España el deseo de la paz, el mandato de la paz, que nadie se atreverá á desobedecer!

Porque esta es la hora de que nazca la España nueva. Es la primera vez que, en nuestra historia, apartamos á un lado con gesto digno, la aventura meretriz que vino á buscarnos. Para los que somos pesimistas de nuestros destinos históricos; para los que creemos que un hado ine-

xorable viene empujando á España desde Felipe II, acantilado abajo hacia el abismo del no ser, surge como una alborada en el horizonte. Es que nos parece que la raza nuestra ha recobrado la única potencia que le faltaba, para volver á imponerse en el mundo; le faltaba sentido común y ya lo tiene. ¡Cuántas veces hemos escrito, desde las conminaciones proféticas de Joaquín Costa, que nuestra catástrofe, la pérdida del dominio colonial, la derrota vergonzosa en Cuba y Filipinas, no de nuestros organismos militares, sino de toda nuestra Historia, de nuestra misma misión humana, había pasado sobre el alma española, como un aire leve sobre las aguas del mar, rizando apenas la superficie! Nos engañábamos. Todo aquel dolor, toda aquella afrenta se ha ido reconcentrando en nuestro pueblo y ha germinado, produciendo ideas nuevas, anhelos nuevos... Aquél capitán aventurero, —podrá decir algún día la nueva España— que fué á Flandes, que fué al Rosellón, que asaltó irreverente los muros de Roma, que embarcóse hacia Indias, buscando en todas partes amor, pendencia y fortuna, no es un hombre de mi raza!

La lección ha costado cara, pero está bien aprendida. Sabemos ya cuán vacíos y engañosos son esos conceptos de comunidad de sangre y de ideales humanos, con que se pretende soliviantar á nuestro pobre pueblo. Lo sabemos, desde aquella hora de dolor, en que nos encontramos solos, ¡solos!, frente al poderío yanqui, frente á las injurias de la prensa francesa, frente á los desdenes de los políticos ingleses que anunciaban nuestra desaparición del mapa, frente á la impasibilidad de toda Europa que al ver al Cid vencido y á D. Quijote manteado, puso un epitafio burlesco á la muerte de nuestra leyenda.

Es todo eso lo que ha germinado en el alma española y le ha dado la «sensación» de la paz. Y ahora, lector ignorado, quien quiera que seas, medita cómo puedes contribuir á hacer fecunda esta hora, que puede ser la más admirable de nuestra historia. La caballería que patea y arrasa los campos extranjeros; la artillería que destruye las fábricas; la infantería que arranca los rieles y hace saltar los puentes incomunicando á los pueblos, están trabajando para tí. Mañana, allá lejos faltarán mercaderías, faltarán brazos, faltarán capitales. Aquella muerte puede ser tu vida. Trabaja, crea, produce; la paz sin energía no es nada. También la paz necesita luchadores y héroes. No seas cobarde de tus pesetas ni de tus esfuerzos; no temas al riesgo, que el de la guerra es mayor y ya ves como no se le teme. Y podrás, cuando veas á tu patria enriquecida y poderosa, decir como el soldado veterano de Napoleón que al lado de la chimenea, narraba la gran batalla: «¡Aquel día yo salvé á mi patria!»

DIONISIO PÉREZ

DE LA ROMA HISTÓRICA



El famoso arco de Constantino, una de las más interesantes obras arquitectónicas de la Roma antigua

Entre los restos admirables de la civilización romana que conserva la Ciudad Eterna como muestras del gigantesco poderío que alcanzó el Imperio y de la riqueza del «pueblo-rey», figuran el famoso arco de Constantino, la columna y el foro Trajano y el ingente *Coloseo*, ó Circo Máximo. Esta construcción, verdaderamente magna, cuyas arenas fueron empapadas mil veces con la sangre de los cristianos, no obstante los innumerables atentados de que la hicieron objeto aun más que las irrupciones de los bárbaros los mismos grandes señores italianos y las revueltas populares,

dando origen al viejo proverbio «Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los Barberini», consérvase majestuoso en su imponderable grandeza ostentando sus lacerias con orgullo de César caído, más que como testigo del poder efímero de los pueblos como monumento erigido á la perpetuidad de la creencia religiosa que allí tuvo sus más sólidos cimientos, porque fueron amasados con la sangre de millares de mártires ante la faz del mundo. Ahora que se acaba de celebrar la elección del Pontífice, alcanza la contemplación de estos monumentos especial interés.



Columna y foro Trajano

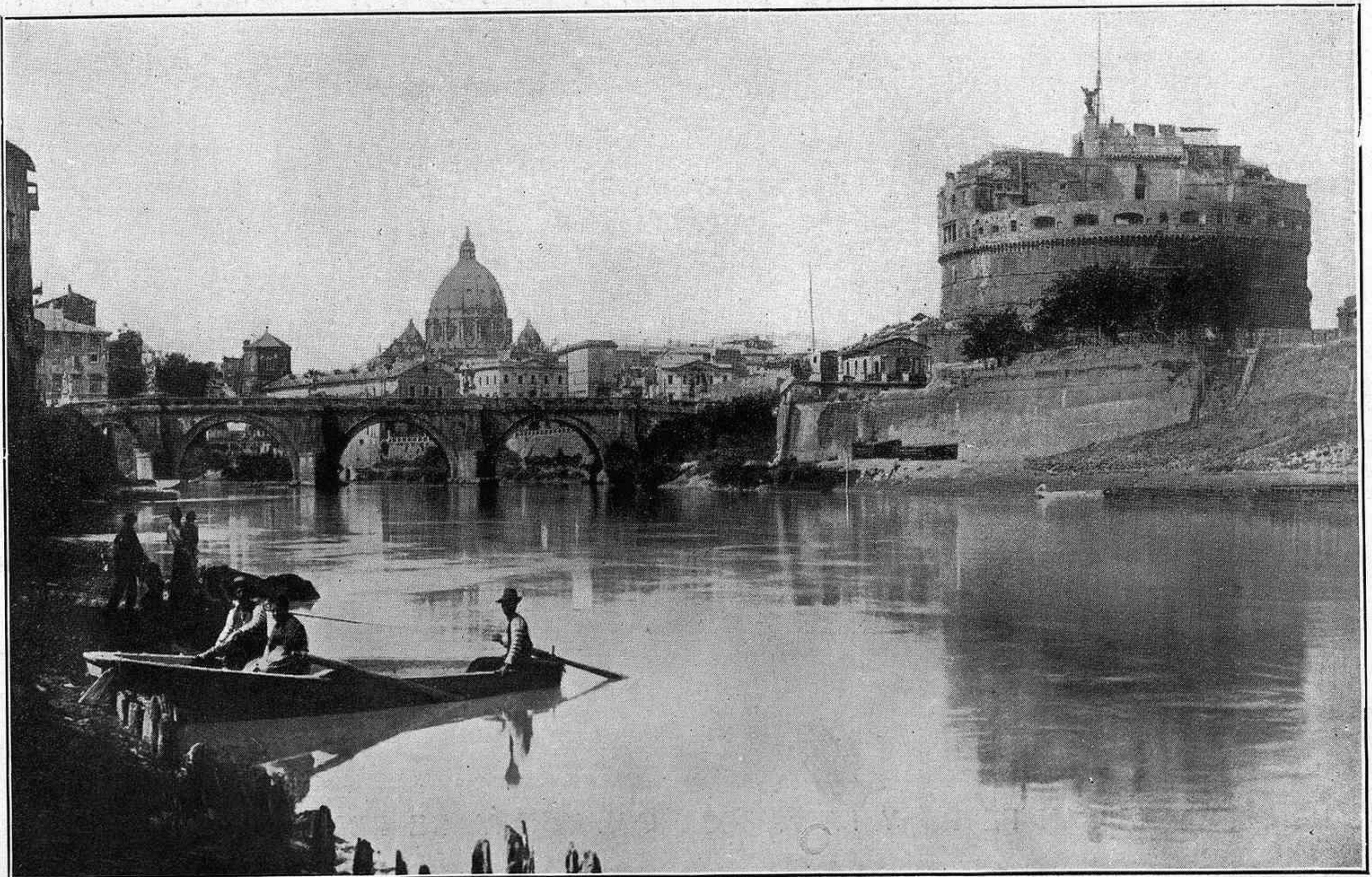


Ruinas del Coloseo, vistas desde el Palatino

LA CIUDAD DE LOS PAPAS



Plaza de San Pedro, en la que se ve al fondo la Basílica y á la derecha la entrada al Palacio del Vaticano



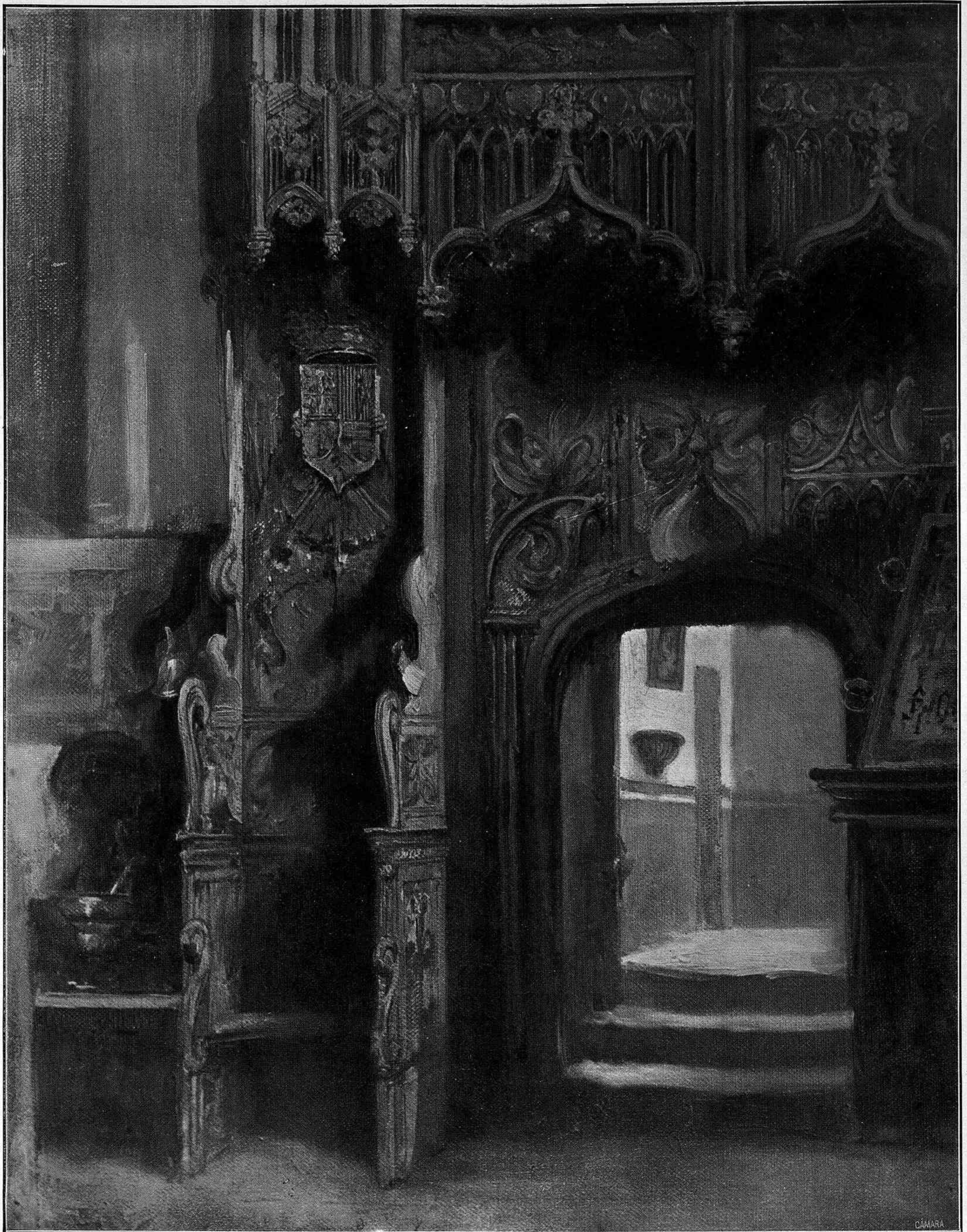
Histórico castillo de Sant'Angelo, puente del mismo nombre sobre el Tiber y al fondo la cúpula de San Pedro

PANORAMA DE LA CIUDAD ETERNA



LA PLAZA DE SAN PEDRO Y LA FAMOSA COLUMNATA DE BERNINI, CON EL OBELISCO EGIPCIO EN SU CENTRO. AL FONDO, Y ENTRE OTROS MONUMENTOS DE LA ROMA PONTIFICIA, EL CASTILLO Y PUENTE DE SANT'ANGELO. VISTA PANORÁMICA OBTENIDA DESDE LA CÚPULA DE SAN PEDRO.

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



SITIAL DE ISABEL LA CATÓLICA EN EL CORO DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÁS, DE ÁVILA.

Cuadro de Poy Dalmau

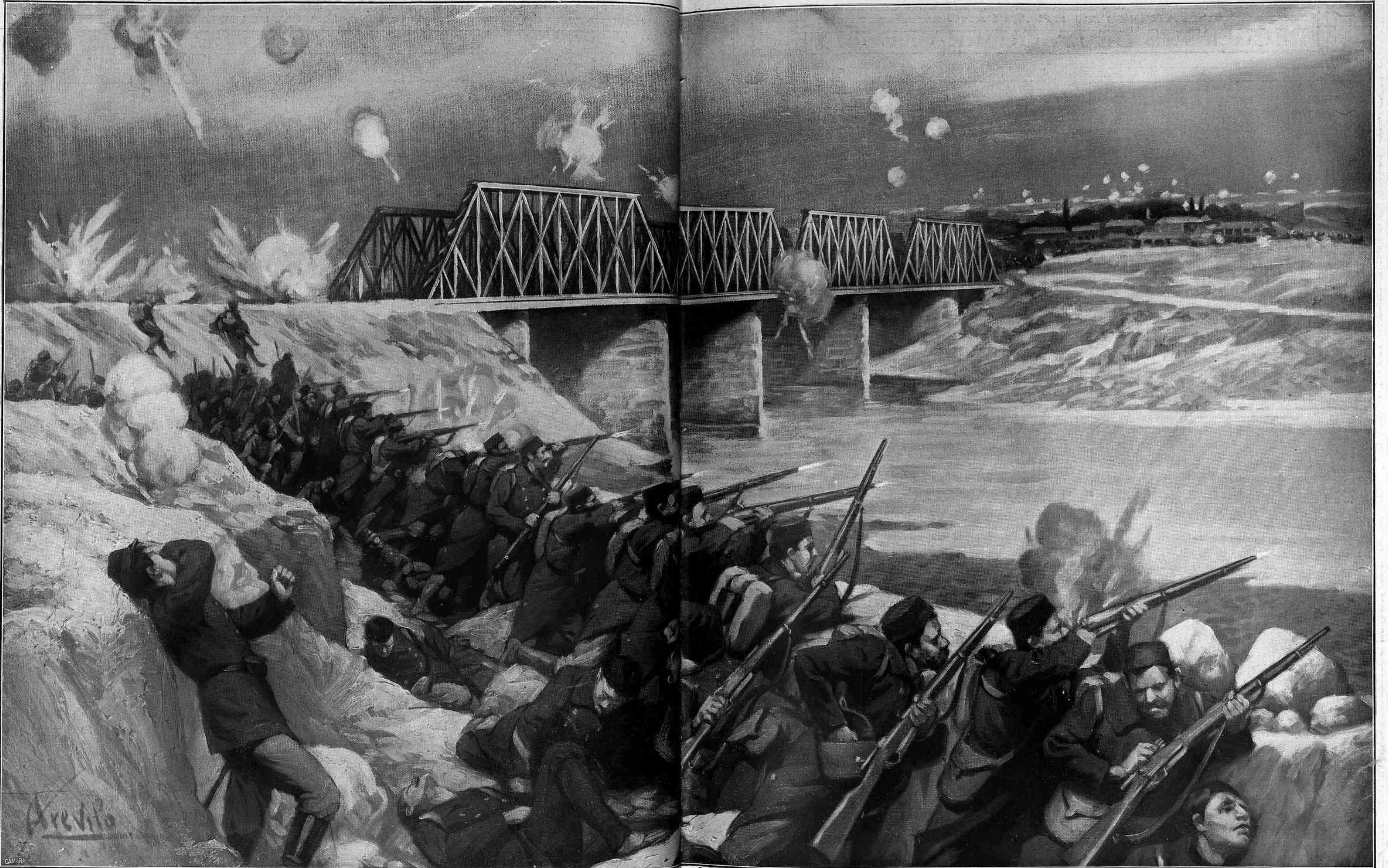
CÁMARA

LA ESFERA

TIPOS DEL EJERCITO RUSO



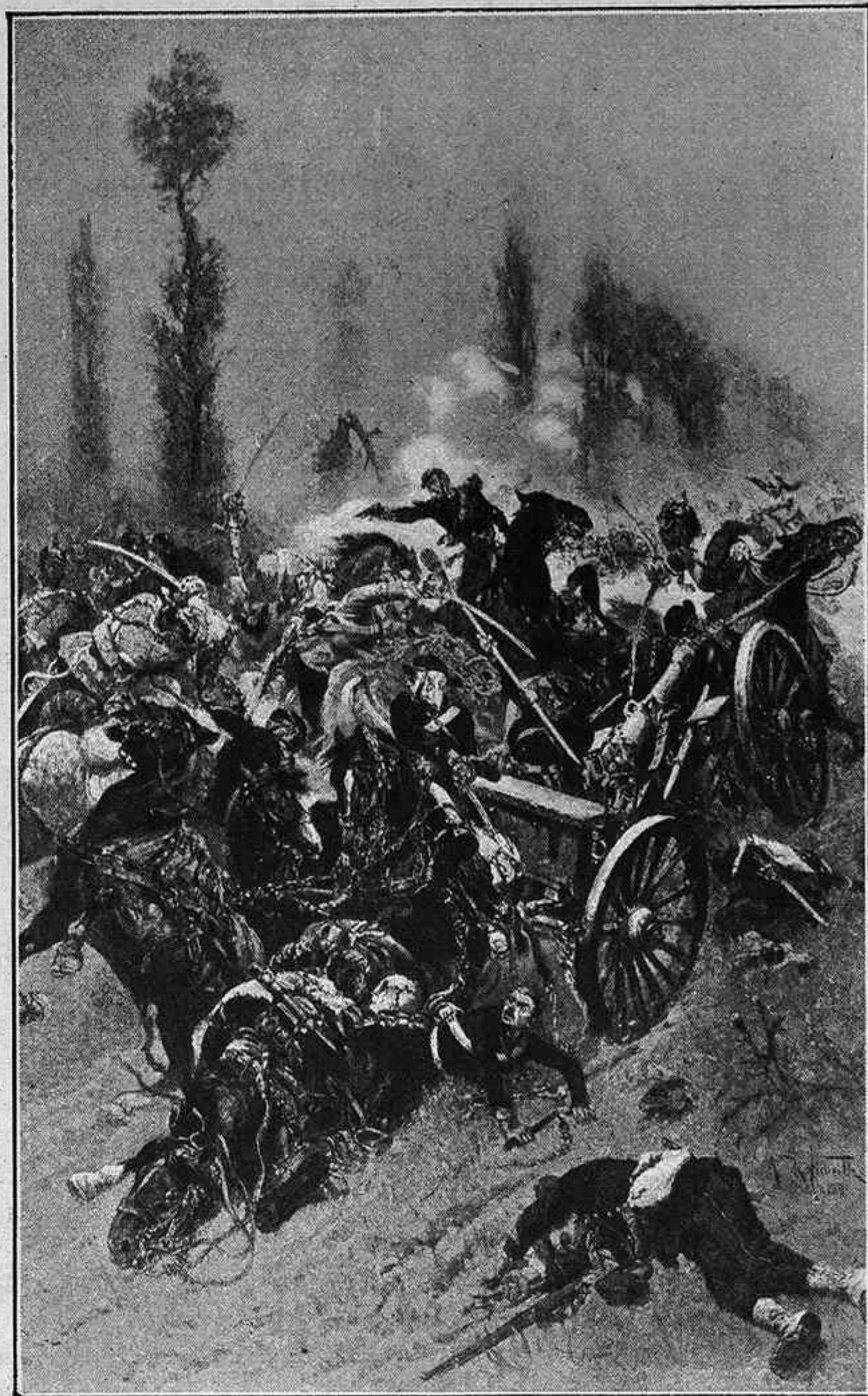
SOLDADO DEL CUERPO DE GRANADEROS DE LA GUARDIA IMPERIAL, FUNDADA POR ALEJANDRO I, EN 1807, Y CUYO HISTORIAL ES BRILLANTISIMO



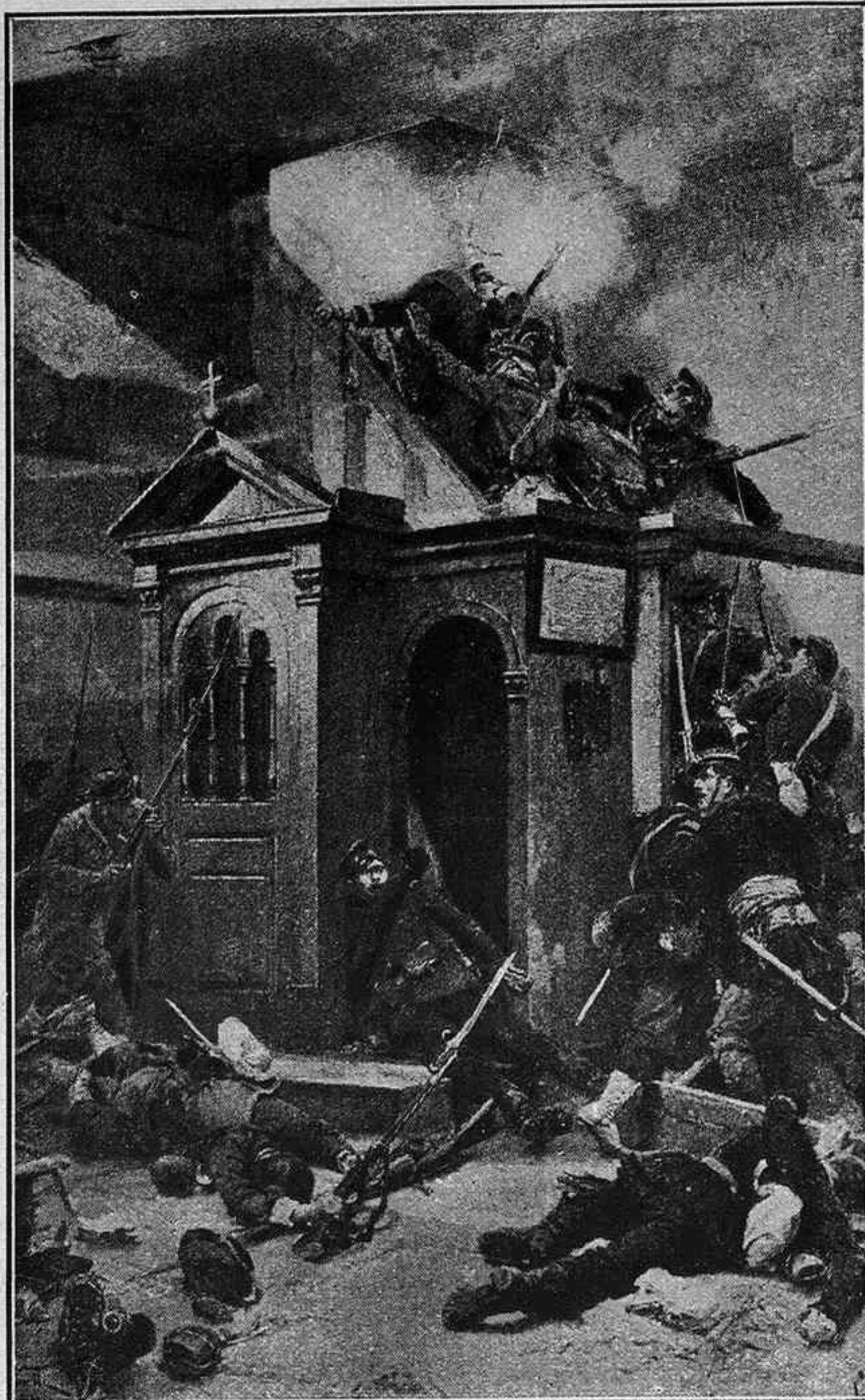
FUERZAS DE INFANTERÍA DEL EJÉRCITO BELGA DEFENDIENDO EL PASO DEL RÍO MOSA DURANTE LA PRIMERA FASE DE LA INVASIÓN ALEMANA

DIBUJO DE AREVILLO

ARTISTAS DE ANTAÑO
RECUERDOS DE LA GUERRA DE 1870



"Pieza en peligro"

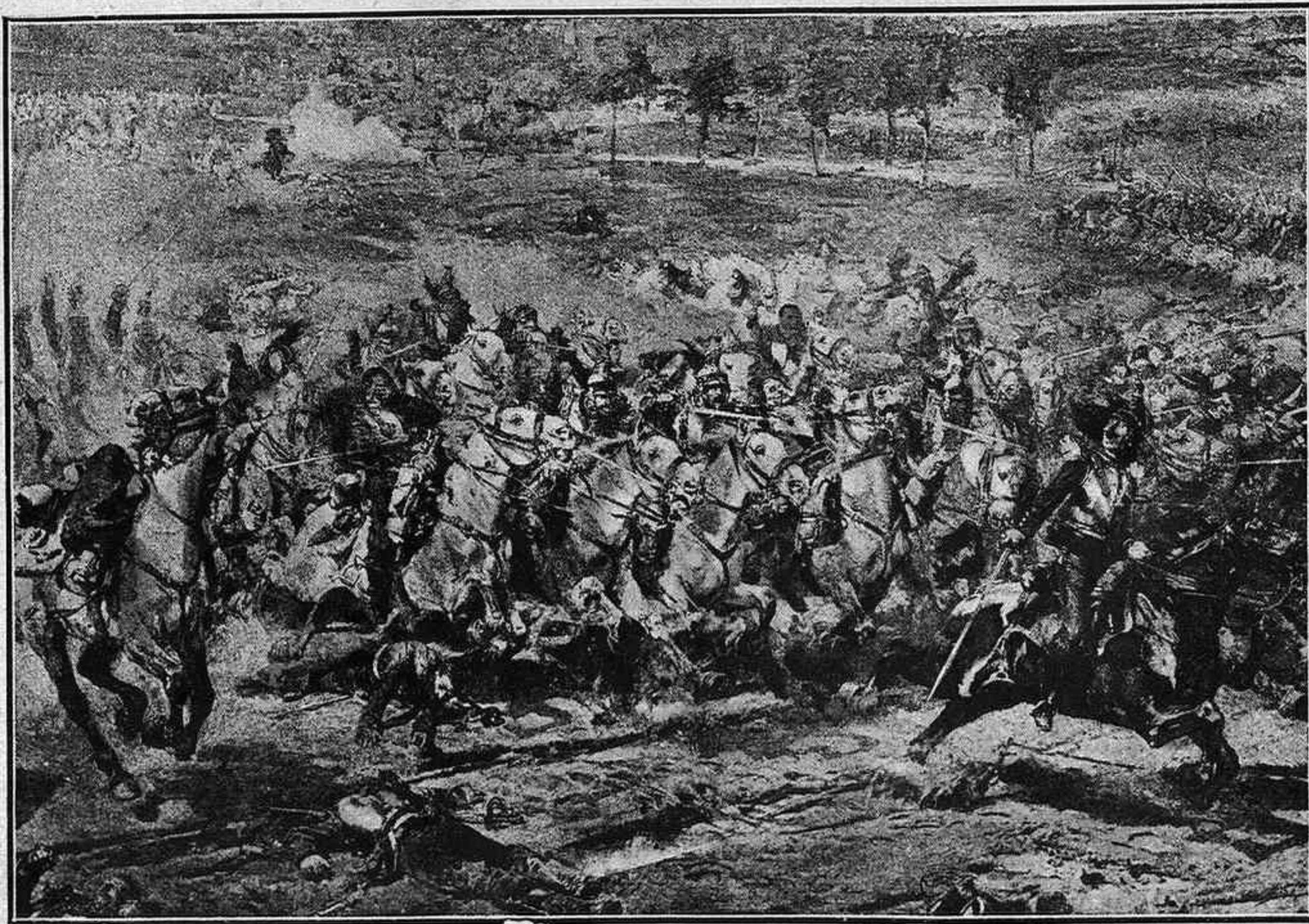


"Combate en una iglesia"

Cuadros de Neuville

CONFORME la guerra veía aumentar su ferocidad, su barbarie más expeditiva y facilitada por la civilización, á medida que es más cruel y dolorosa, los artistas la pintan con más horror y más íntimo sentido de lo que en realidad es.

Con la epopeya napoleónica desaparece la pintura aduladora, pomposa, un poco teatral de la gloria militar. Ya Meissonier empezó á revolucionar el género y á renovar el criterio estético que predomina en los lienzos solemnes de Lebrun, de Van der Meulen, de Bourguignon, de Loutberbourg y, sobre todo, de los cuadros de Gros y Verneet. Fueron los pintores franceses de la guerra franco-prusiana los que prescindieron por primera vez de los



"Carga de dragones, en Grave!otte"

estados mayores, los grupos de generales galoneados y altivos y los desfiles de regimientos al son de sus charangas, con los uniformes impecables y la alegría en los rostros juveniles é inconscientes, y se asomaron en cambio á las escenas terribles y bárbaras para ver el sufrimiento del más humilde y la muerte del más obscuro.

La pintura belicosa, oficial, desaparecía. En cambio surgían los episodios aislados y trágicos, la *anécdota* dolorosa, el momento ignorado, inadvertido, en la confusión de una batalla. Hartas veces se había concedido importancia nada más que á las primeras figuras, á las de aquellos que, vencedores ó vencidos, imponían su nombre á la histo-

ria como un actor célebre al cartel de un teatro. Los pintores de la guerra franco-prusiana se rebelaron contra ese arte oficial, aristocrático, que en vez de un reflejo exacto de la verdad, era como una mentirosa adulación.

Ellos eligieron para asuntos de sus cuadros aspectos de cuanto hay de odioso, sangriento y miserable en la guerra: el último suspiro del moribundo abandonado en un foso; la enloquecida súplica de una campesina pidiendo clemencia á los piés cubiertos de sangre y de lodo, de los soldados enemigos; el silencio rabioso, impotente, del hombre vencido, acorralado en el rincón de una granja envuelta en llamas, el esfuerzo supremo del héroe anónimo que lucha con sus propias heridas, para levantarse de entre un montón de cadáveres y seguir luchando; todo eso, en fin, que desaparece, se va con la roja humareda del combate y se resume en la frase: «Hubo tantas bajas».

ooo

En la Exposición Nacional francesa de 1872, «la Debacle» resurgió ante las miradas de París en todo su horror. Palpitantes de angustia aún los corazones, sin cerrar la herida, vibrantes de odio al germano los espíritus, estos cuadros obtuvieron un gran éxito patriótico.

Todos los pintores antes de evocar los campos de batalla sobre el lienzo, habían luchado en medio de ellos. Desde Meissonier, comandante de la Guardia nacional, á Eduardo Manet, artillero auxiliar; desde Alfonso de Neuville, subteniente, que se batió en Champigny á las órdenes de Drocot, hasta Meyret que, herido durante el sitio de Metz, su ciudad natal, pintó, convalciente aún, su cuadro *Metz pendant le blocus*.

Eduardo Detaille, el discípulo predilecto de Meissonier, expuso *Los Vencedores*—un desfile de prusianos después de haber saqueado una granja en las cercanías de París—y un aspecto de la batalla de Champigny, que luego había de utilizar en el panorama que pintó en colaboración con Neuville.

Castres y Dupray, dos pintores casi desconocidos, obtuvieron segundas medallas por su *Am-*

gel que reproducía el episodio de 21 de Diciembre de 1870 y original de Alfonso Neuville.

El mismo Neuville decía en una carta dirigida á su padre: «Esta guerra me ha hecho llegar á la completa madurez; entre las dos figuras que expuse en 1870 y el *Bourget* hay una diferencia enorme. En ese espacio de tiempo he vivido la vida militar, he oído el cañón y algo que yo sentía confuso dentro de mí, ha tomado consistencia. De la intuición he pasado á la realidad».

En Alfonso de Neuville—que nació en 1836 y murió en 1885—hay dos épocas perfectamente delimitadas: antes de la guerra y después de la guerra. De un pintor mediocre y sin importancia, pasó á ser como he dicho el mejor intérprete de «la Debacle».

Después de el *Bivouac devant la Bourget* presentó, en 1875, *Les dernières cartouches*, reproducido en uno de los últimos números de LA ESFERA y fue su obra más popular.

Además es autor de obras tan admirables como *La batería en peligro* (episodio de la batalla de Bapaume en 3 de

“Los coraceros en Reischöffen”, cuadro de Morot



bulance internationale par un temps de neige y *La Grand Garde*, respectivamente.

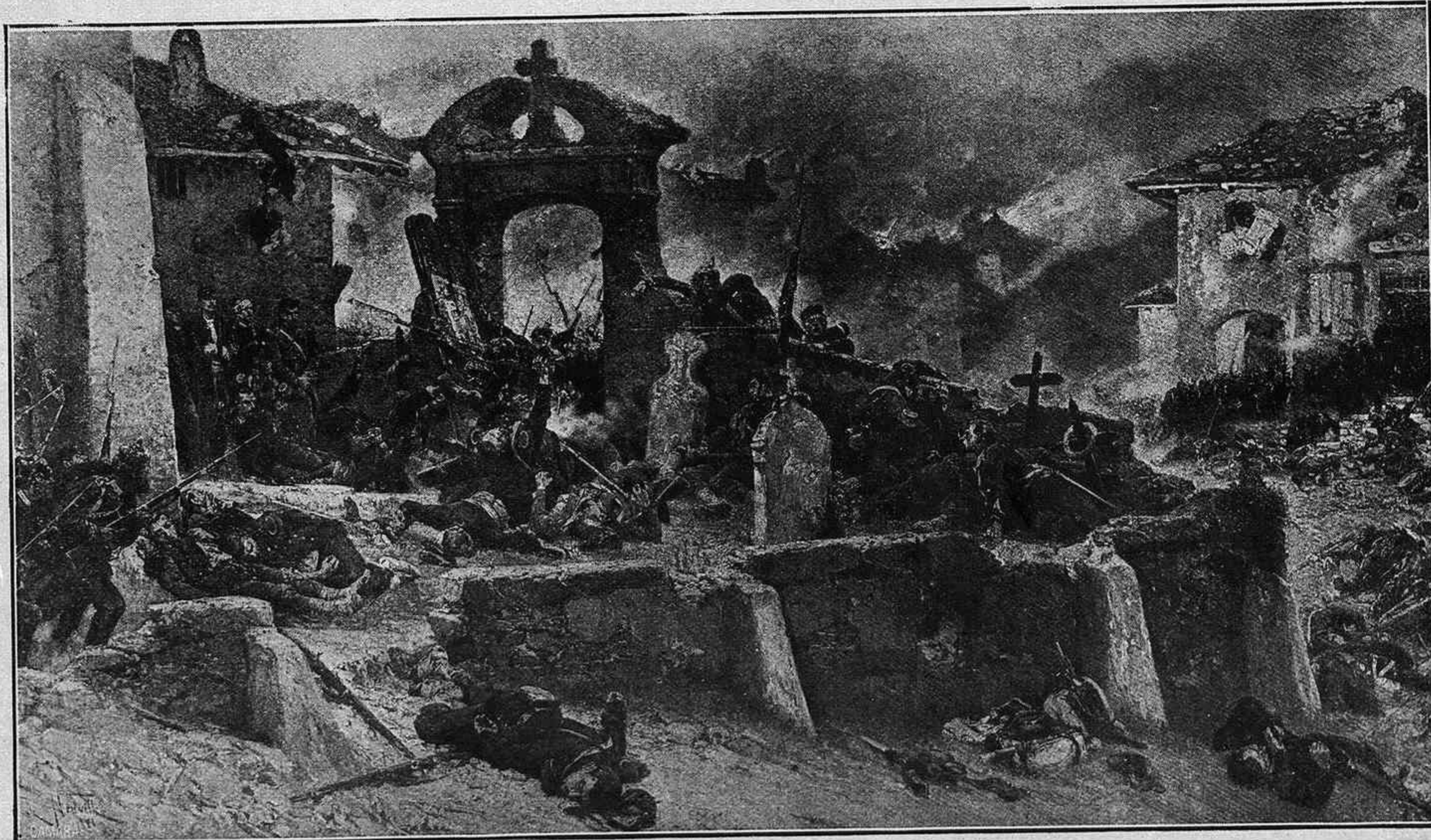
Otros de los cuadros más celebrados fueron el *Coup de canon* de Berne-Bellecour; *Uhlans pillant une ferme* de Ulmann; *Soldats de l'armée du général Bourbaki soignés par des paysans suisses*, del suizo Alberto Aukev; *L'Oublié*, de Betsellievre; la *Defense de Saint Quentin* (el 8 de Octubre de 1870) de Armand Dumaresc; *Une ambulance au convent de Cimiés, á Nice*, de Teófilo Gide.

Peró el envío más notable, el que sirvió para fijar quién había de ser el pintor de la guerra franco-prusiana, fué el *Bivouac devant la Bour-*

Enero de 1871); Sabre au poing (carga de dragones en Gravelotte el 16 de Agosto de 1870); *El cementerio de Saint Privat* (18 de Agosto de 1870) y el *Panorama de Champigny* (30 Noviembre de 1870).

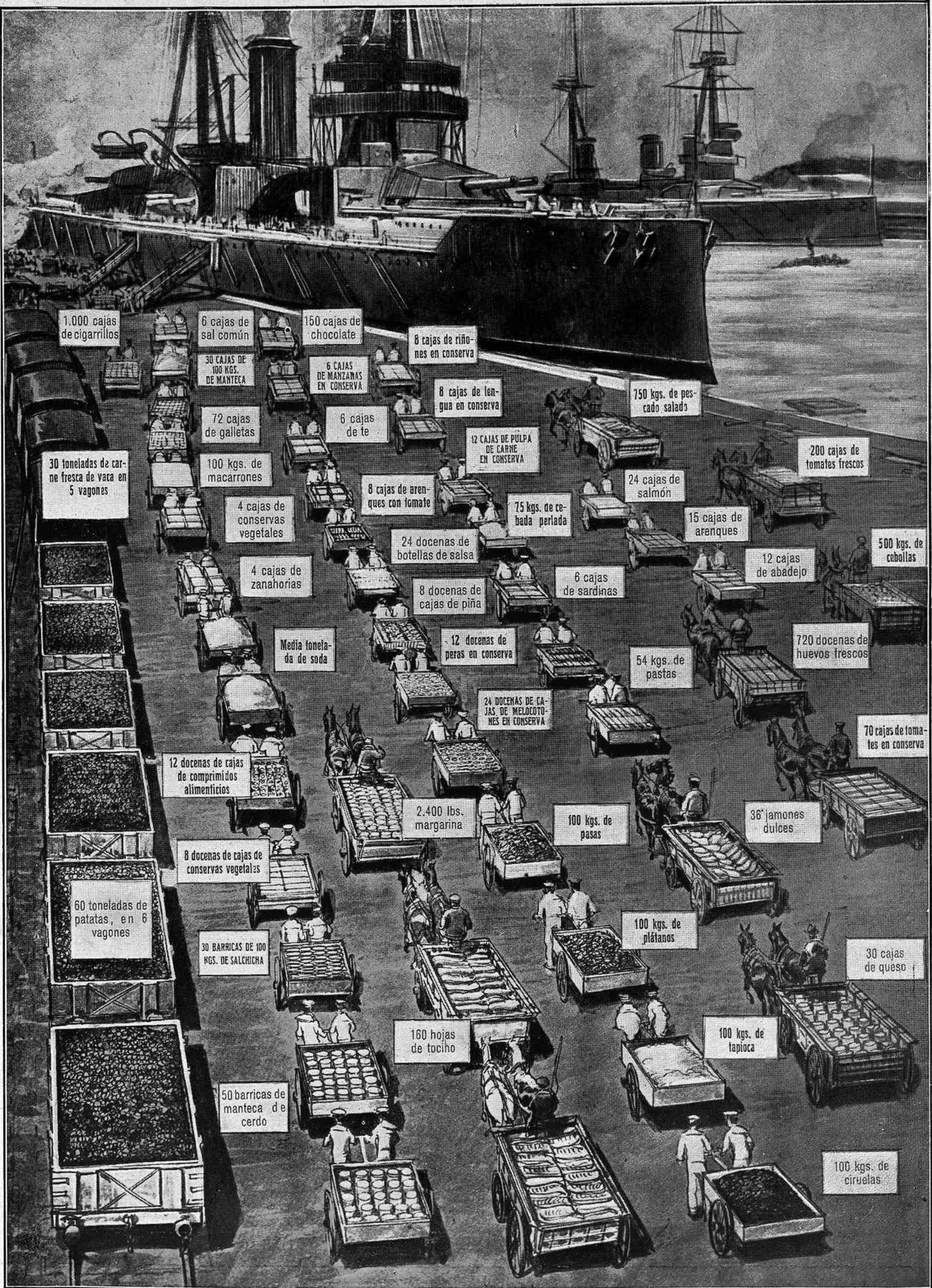
Al reparar estas obras de una guerra lejana y compararlas con las fotografías de la actual, pensamos inevitablemente en el pintor que habrá de surgir ahora, y acaso esté empuñando un fusil con las manos que sólo sabían de la grata pesadumbre de los pinceles; acaso antes de pintar la arrolladora invasión germánica habrá intentado detenerla con su espada.

SILVIO LAGO



“El Cementerio de Saint-Privat”, cuadro de Neuville

LA MOVILIZACIÓN NAVAL: APROVISIONAMIENTO DE UN "DREADNOUGHT"



LO QUE CONSUMEN EN UN MES DE GUERRA LOS 900 TRIPULANTES DE UN "DREADNOUGHT" BRITANICO

OTRAS GRANDES BATALLAS
CÓMO SE GANÓ LA PLAZA DE SAN QUINTÍN



“La batalla de San Quintín”, reproducción de uno de los frescos de Giordano existentes en el Monasterio del Escorial

PRECISAMENTE por casi los mismos lugares en que ahora se resquebraja Europa, habrá más de trescientos y treinta años, y reinando en España la católica majestad del segundo Felipe, agrietábase también, que no parece sino que la humanidad, tiene en sus propias flores que son los hombres, el veneno que le acaba.

Ese bello norte de Francia, todo poesía, leyenda é historia, despedázase, yerma y descombra, en pleno siglo de la civilización, al estruendo de la artillería, al galopar de los caballos y al filo de los vengativos aceros.

Como antaño la guerra tiñó las cristalinas y apacibles linfas de sus lagos con sangre menestral acontece ahora; y los principales centros de producción de la Vieja Europa, no son á la hora desta, más que un doloroso recuerdo.

Parece que San Quintín, ha caído nuevamente bajo el poder extranjero, y en memoria dello, quiero traer á estas líneas, el recuerdo de cuando floreció en la ruina de sus colosales murallas esa mole de piedra que en una llanura de *El Escorial*, alzase en memoria de San Lorenzo.

No he de traer aquí las causas, ni justificaciones políticas que nos digan por que hallábase en guerra Felipe II con la mitad del orbe.

Trataban los generales del católico soberano de poner sitio á la plaza de San Quintín, que hallase en la línea de Francia y los Países Bajos.

Tal era la confianza que el gobierno francés había en las defensas de esta ciudad, que tenía casi falta de guarnición.

Considerábase por aquella parte como la llave de oro del reino, y entre París y ella, apenas cuidóse de fortificar alguna plaza más.

Las miras del ejército español estaban ansiosamente puestas en la dicha plaza, porque pensaban que el dar en ella era como estar en las puertas de París.

El virrey de Sicilia D. Fernando de Gonzaga, general muy entendido en las contiendas con franceses, afirmó que para el mejor logro de este plan habría de ocultarse enteramente al enemigo, distrayendo su atención por otra parte.

Y así se hizo en efecto.

Acordóse abrir la campaña por el lado de Marienburg, lugar que poseían los francos dentro de Flandes, y hacia ella dirigióse el duque de Saboya con un poderoso núcleo el 15 de Julio de 1557.

Bien pronto fué de alabar la estratégica idea del astuto virrey, pues acontecieron los hechos en la precisa manera que él había imaginado.

Todo Francia acudió á socorrer la plaza sitiada, y allá fueron enviados sus más nutridas y famosas tropas.

El duque de Saboya, fingió maestramente no poder evitar que entraran grandes refuerzos en la ciudad sitiada. Pensábase Francia que era poca pericia del caudillo español y así muy á mansalva íbase entrando.

De allí á poco, que apenas una semana era transcurrida, como vió el duque que la plaza estaba bien llena de tropas, mientras que por atender á ella, todas las demás habían sido descuidadas, levantó presto el sitio y torciendo hacia la diestra mano, avanzó á marchas forzadas hasta ponerse delante de la inexpugnable San Quintín. Sorprendida quedó la guarnición de Marienburg con maniobra tan inesperada, y sin poder lanzarse en seguimiento de las tropas españolas.

Al día siguiente ya tenían estas tomados los arrabales de la ciudad, y dentro de poco hubiéralo sido la plaza toda si el almirante Coligny, no adoptara la valerosa resolución de arrojarse dentro de ella, aun á costa de dejarse en las puertas lo mejor de su ejército.

Acudióle luego el condestable Montmorency con diez y ocho mil hombres y diez piezas de artillería, más la táctica y denuedo del duque de Saboya que destacó la caballería á las órdenes del conde de Egmont, mientras él con la infantería reforzaba el vigoroso empuje, desbarató las líneas francesas que dejó sin manera de poder reponerse y entraba victorioso en la plaza.

Fué tan memorable acaecimiento el día 10 de Agosto del año 1557, y él constituye uno de los timbres de gloria del reinado del segundo de los Felipes.

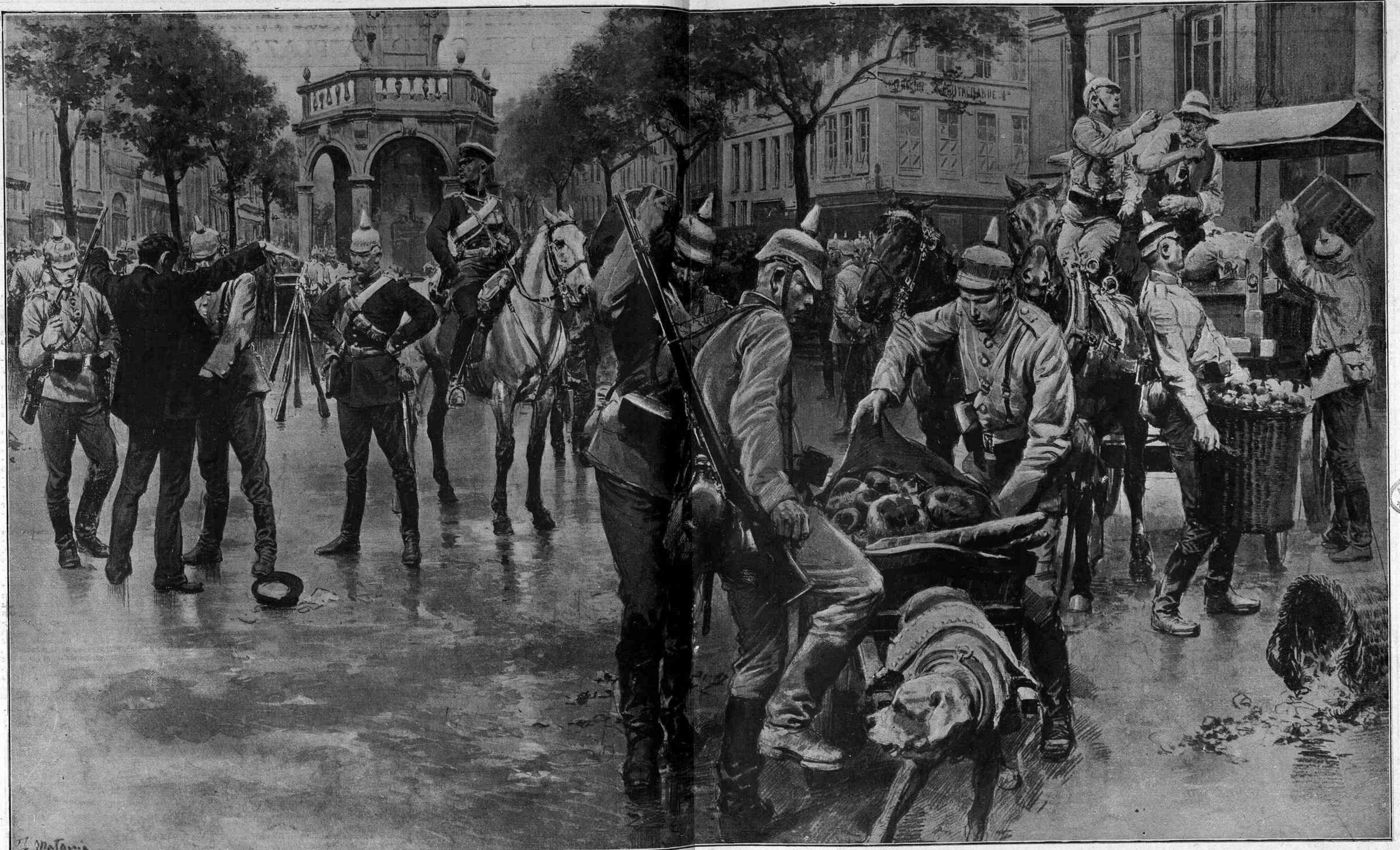
DIEGO SAN JOSÉ



FELIPE II
 Retrato al óleo, por Pantoja, que se conserva en el Museo del Prado



“Un episodio de la batalla de San Quintín”, por Giordano. Pintura al fresco, que se conserva en el Monasterio del Escorial
 FOTS. LACOSTE



El gran dibujante Matania, corresponsal de guerra, de quien ya hemos publicado varios admirables dibujos, ha sorprendido un dramático momento de la invasión alemana en Bélgica. Es la irrupción de las primeras tropas germánicas en la plaza del Mercado, de Lieja. Mientras un grupo de soldados practica el registro de un pacífico transeunte, otros se apoderan de los viveres, "manu militari", y los cargan en sus carretoncillos auxiliares, tirados por perros

PRISIONEROS ALEMANES INTERNADOS EN FRANCIA

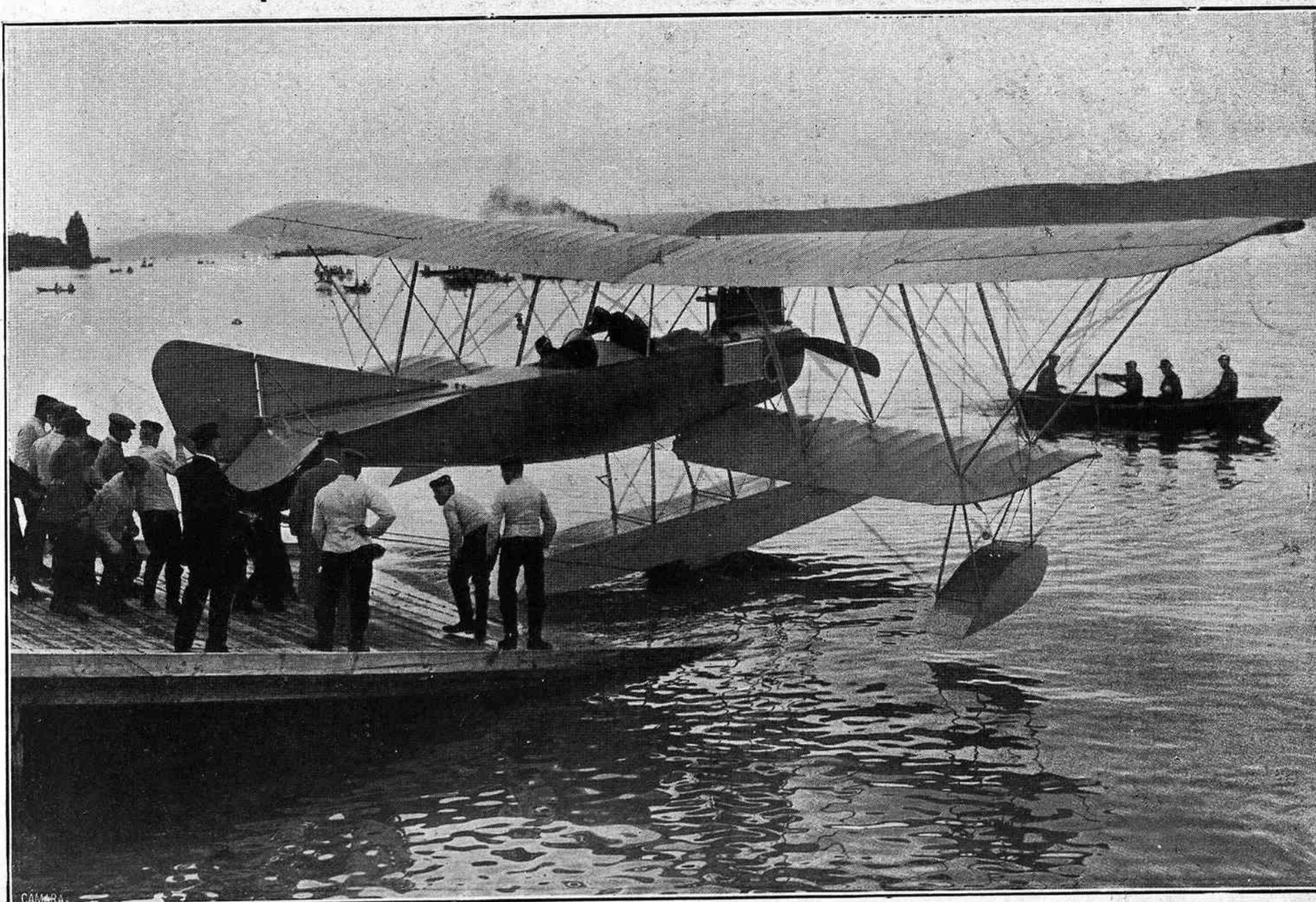


GRUPO DE OFICIALES Y DE SOLDADOS ALEMANES HECHOS PRISIONEROS POR LOS FRANCESES EN ALSACIA Y DIRIGIDOS EN UN TREN MILITAR A LAS FORTALEZAS DE PARIS

LA ACCIÓN BÉLICA DE ALEMANIA 2



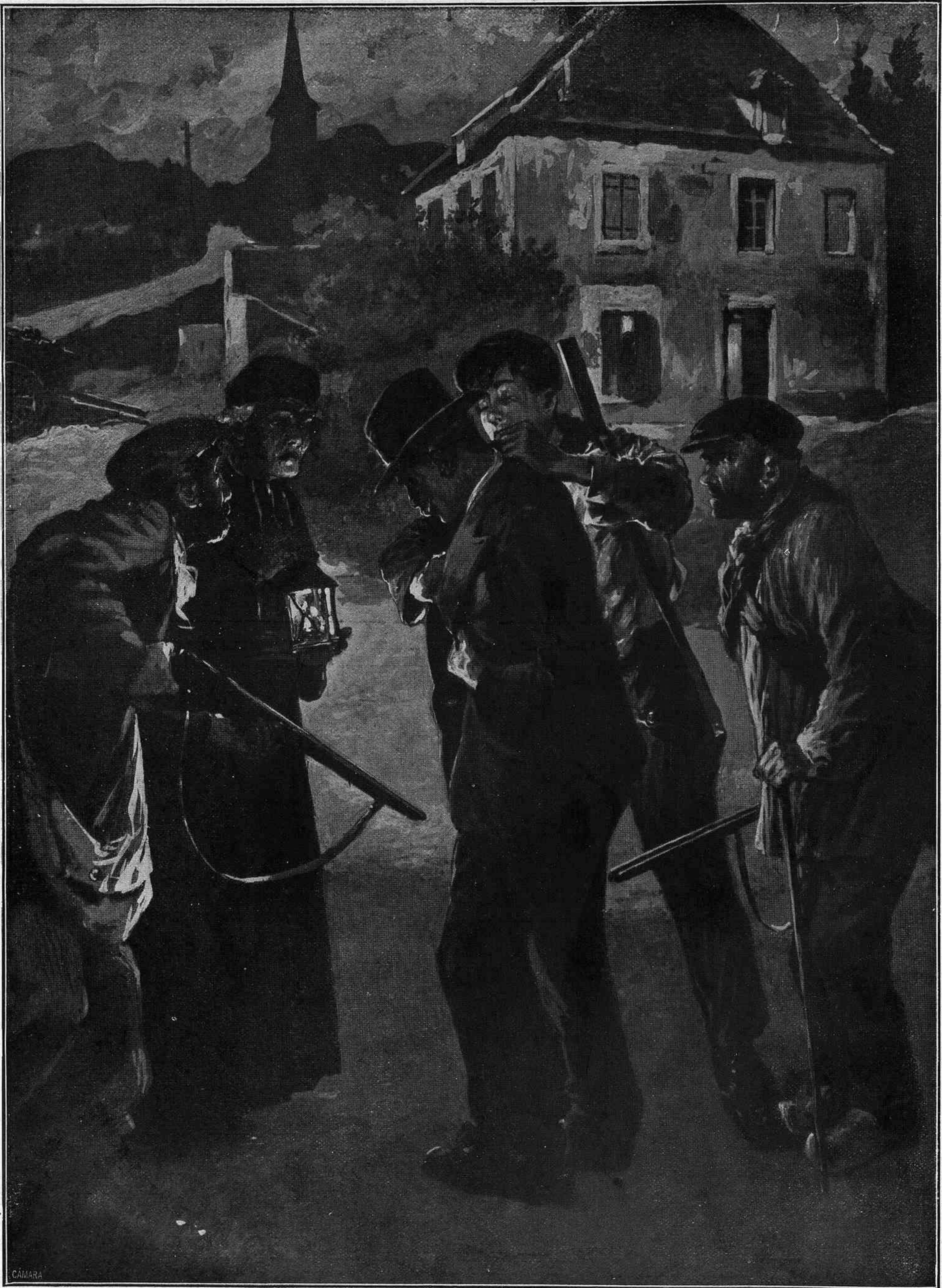
Berlín.—El pueblo manifestando su entusiasmo por las satisfactorias noticias de la guerra ante el Palacio Imperial



Hidroaviones alemanes que vigilan los movimientos de la escuadra inglesa en el Mar del Norte

FOTS. SENNACKB

EL ESPIONAJE EN LA GUERRA



ESPIA ALEMÁN DETENIDO POR LOS VECINOS DE UN PUEBLO FRONTERIZO DE ALSACIA DURANTE LA RONDA NOCTURNA

Dibujo de Paul Suriat

CÁMARA

LA POESÍA DE LA GUERRA



CÁMARA

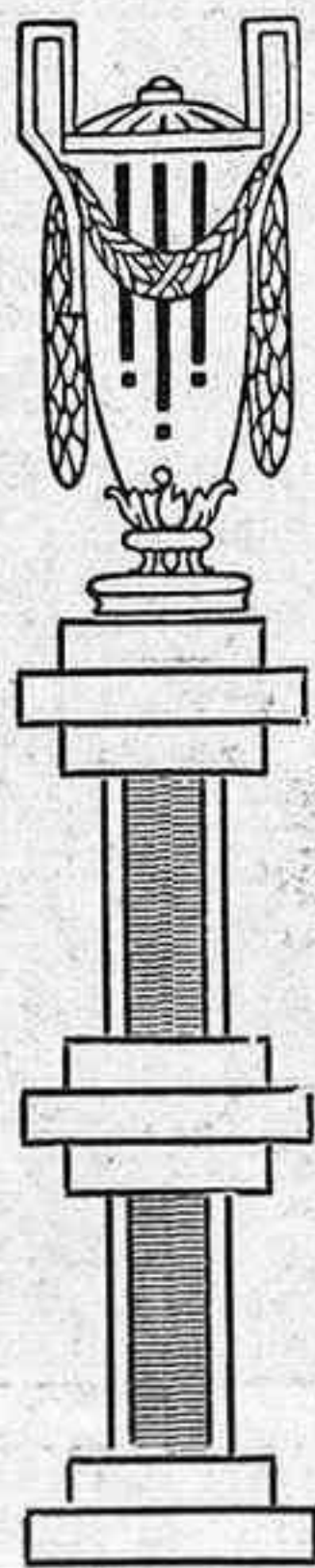
¡SALVE!

*Yo os saludo, bizarros vengadores de Francia;
los primeros que yacen en sangrientos despojos.
Porque habéis sucumbido con suprema arrogancia,
os saludan mis labios sin que os lloren mis ojos.*

*La Gloria, que en sus brazos os recoge del suelo,
vuestros nombres ha ungido con sus manos tan bellas.
Cuando lance mañana la Victoria su vuelo,
volará por los campos donde están vuestras huellas.*

*Y, si el Gallo de Francia con su pico valiente
llega á cegar los ojos del Aguila orgullosa,
sonará vuestro canto bajo el Sol esplendente.*

*Y ese día esperado volveréis los leales
ante el ara sangrienta de la Patria gloriosa
y alzaréis en los brazos los laureles triunfales.*



PATRIA

*Tu nombre es, Francia mía, tan dulce, tan risueño,
que con íntimo gozo sin cesar lo repito.
Con tu nombre mi madre ha arrullado mi sueño
y á mis hijos arrullo con tu nombre bendito.*

*Los pastores de Alsacia, los labriegos de Flandes
dejarán el aprisco, guardarán los arados,
porque tú los reclamas para empresas más grandes
y el pastor y el labriego quieren ser tus soldados.*

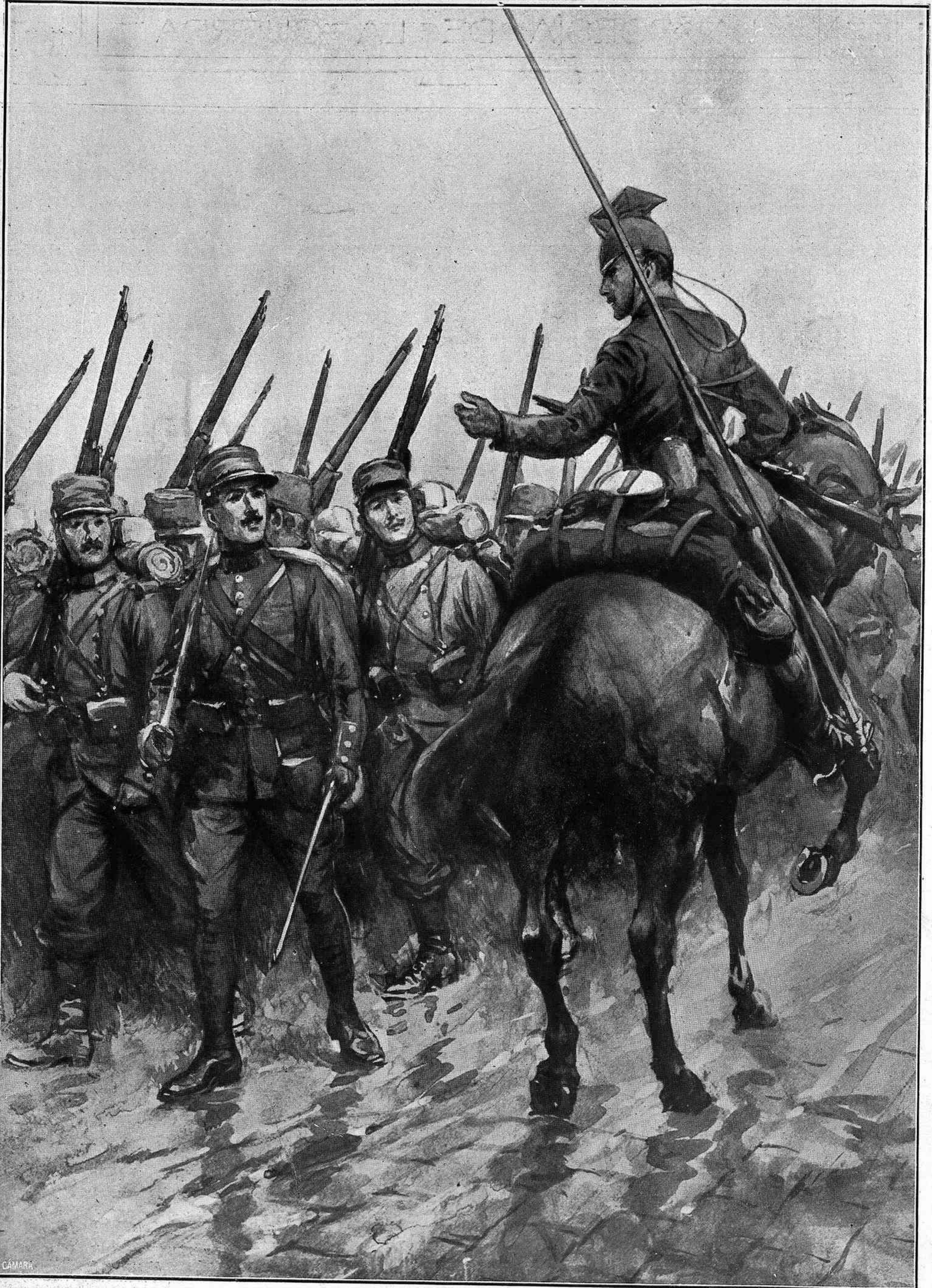
*Bendiciendo tu nombre van marchando á la muerte,
por tu amor, al combate sin temores se arrojan
y te ofrecen la vida que de Dios recibieron.*

*Tú los sigues, ¡oh Patria!; pero nadie te advierte
que esas flores bermejas que tus plantas deshojan
sangre son de tus hijos que en la liza murieron.*

HENRI DE REGNIER
(De la Academia Francesa)

Traducción de Federico Romero.

EL SERVICIO DE EXPLORACIÓN EN CAMPAÑA



CÁMARA

EXPLORADOR BELGA COMUNICANDO A UNA COLUMNA FRANCESA EL RESULTADO DE SUS OBSERVACIONES EN EL CAMPO ENEMIGO

DIBUJO DE CHRISTOPHER CLARK

DE NORTE A SUR

Nicolás Estévez

Su muerte ha pasado inadvertida. Como pasó también la de Julio Lemaitre, que era una de las figuras más parisienses de París, como hubiera pasado la del Papa, á no ser precisa la elección inmediata de otro Papa.

Acaso hayan sido estas muertes de un gran romántico, de un escritor y del representante de Cristo sobre la tierra, tres muertes simbólicas durante una guerra donde no se lucha más que para obtener la preponderancia mercantil é industrial, y donde no se respeta nada, después de veinte siglos de esfuerzos humanos para librarse de los salvajismos primitivos.

Estévez pertenecía al siglo español de los contrastes. Junto á románticos como él, como Pi Margall, como Castelar, como Salmerón, medraban los logreros, los «listos», los incapaces de todo elevado concepto ético ó estético.

Desde hace muchos años Estévez vivía en París, haciendo traducciones para Garnier, lo cual significa una doble desgracia sobre su pobreza. La última vez que vimos á Estévez fué cuando aquellas elecciones, de 1903, en que resultó elegido diputado por Madrid; el último retrato suyo literario que leímos está en un reciente *Episodio Nacional*, de Galdós; el último retrato pictórico es el que se publica en esta página.

Las tres veces nos conmovió esta silueta hidalga del caballero alto, seco, de perilla blanquísima, de los ojos celestes, de la vida aventurera y la vejez desamparada.

Unos cuantos escritores, rebeldes como él, han pedido al Estado español una pensión para la huérfana de Estévez. Esta petición es perfectamente legal. No es un favor que se ruega, es un derecho que se reclama. Estévez fué ministro durante la República y en esta tierra donde tantos individuos han sido eso, tan insignificante, pero que da derecho á una renta de quince mil pesetas anuales, no debe negarse una pensión más.

A saberlo antes yo hubiera rogado á los que firmaron la solicitud que añadieran á los suyos mi nombre en favor de la hija de Nicolás Estévez, el soñador, el romántico aventurero, el caballero intachable.

La mujer francesa

Esta mujer francesa, que encontramos en los cuentos campesinos de Maupassant, en cierto drama de Brieux y en las novelas de Daudet, esta mujer que no siempre es cocota, ni modistilla viciosa, ni casada enemiga de la especie, viene mostrando un heroísmo pacífico, digno de los mayores elogios. Al marchar los hombres empujados por la esquelética mano de la Intrusa, ellas cubren las bajas del campo, de las fábricas, de los talleres, de los comercios, de todo lo que significa la verdadera vida de una nación.

Y todas cumplen serena y sencillamente con su deber. Aun las más humildes, como estas cobradoras de los tranvías.

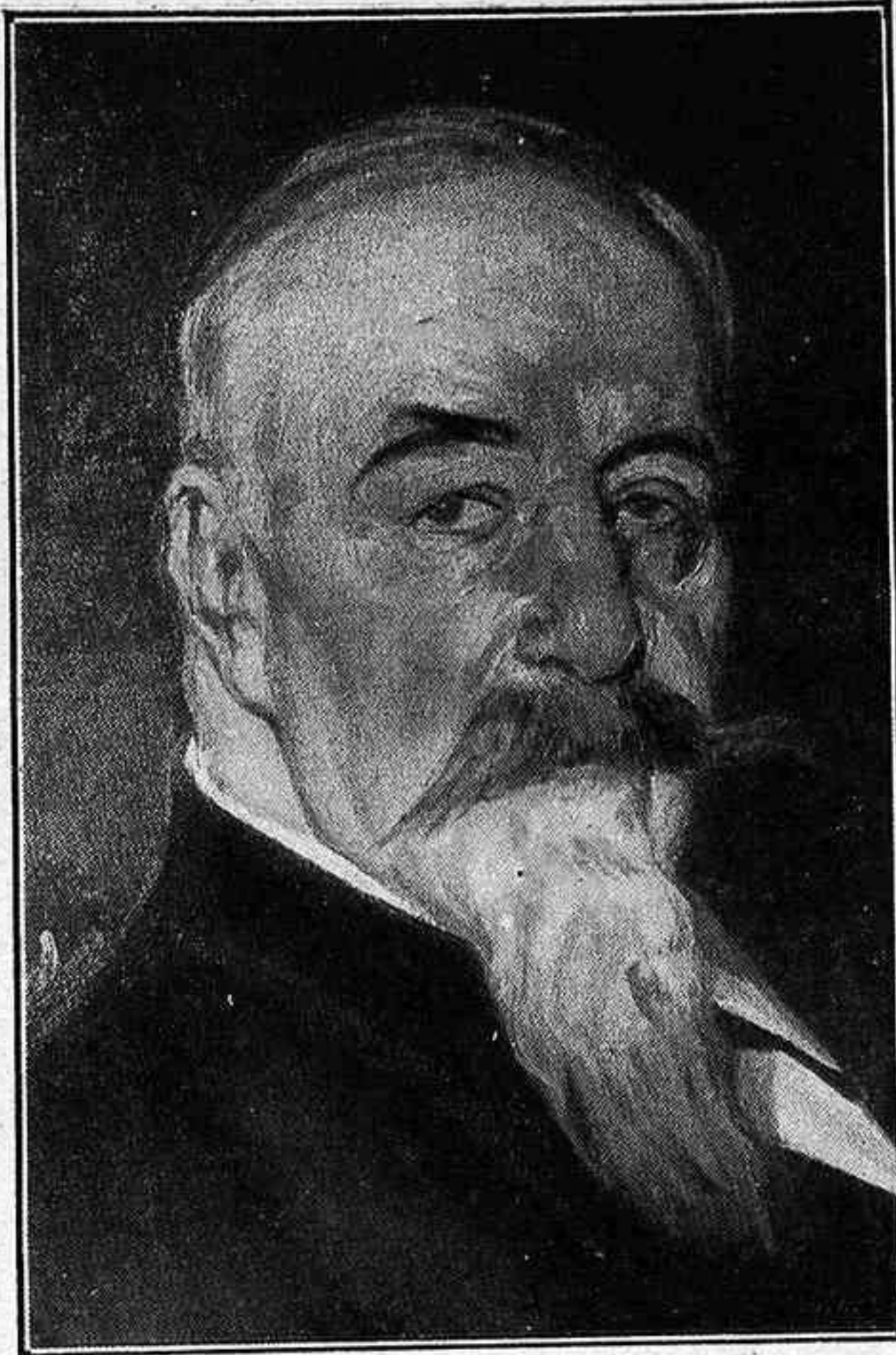
Si los alemanes entran en París y pretenden apoderarse, como en Bruselas, de la recaudación de los tranvías, acaso encuentren una resistencia inesperada en las frágiles mujeres.

Porque además de defender el dinero de la patria, se defenderán ellas contra los que las dejaron viudas, ó huérfanas, ó sin hermanos, ó sin hijos, ó simplemente sin el novio que pudo hacerla feliz en tiempos de paz.

La Pálida sigue danzando...

Esta Pálida es la Seca, la Intrusa, la Guadañadora, la *Ella*, cuyo nombre verdadero no nos atrevemos á pronunciar cuando la sentimos cerca de nosotros.

En su escenario de incendio, sobre su blanda alfombra de cadáveres, entre los deletéreos olores de los cuerpos humanos en descomposición, de



D. NICOLÁS ESTÉVEZ

Interesante retrato al óleo del ilustre prohombre republicano, que ha fallecido en París el 20 del pasado

FOT. HISPANIA

las tierras arrasadas, de los caballos que aun cocean y desnudan la amarillez de sus dientes en la postrera convulsión, la Pálida danza.

Danza al ritmo isócrono de los cañonazos; acompañan su baile disparos de fusiles y choques de espadas; como á otras danzadoras los

gritos de deseo ó los silencios de emocionada sensibilidad, á la Pálida la excitan y enardecen los ayes de dolor, las blasfemias, las desgarradoras despedidas á los amados lejanos que no pueden oír, ó esos enormes silencios que sólo ella conoce en sus jardines de cementerio, en sus campos de batalla y en las casas mortuorias durante las noches siguientes á aquella en que alguien se durmió para siempre.

Para ver esta danza de la Pálida vuelan sobre ella, poniendo trágicas nebulras móviles en el rojo ígneo del cielo, los cuervos y los dirigibles en una extraña fusión de siglos distintos, exteriormente...

No es, sin embargo, esta danza de la Pálida la misma de los frescos de Orcagna, de las fantasías de Holbein, de las medioevales composiciones poéticas que huelen á osario.

No; allí la Muerte obligaba á danzar á los hombres: desde el papa cubierto de su tiara al bandido que empuñaba aún el puñal húmedo del rojo moaré de la sangre; desde el emperador, que sostenía en sus manos la esfera y el ceño simbólicos, al vagabundo envejecido á lo largo de todos los senderos; desde la rolliza y caribonda abadesa, á la doncella que un día, abriendo su ventana, se encontró el amor como una flor más de su jardín alegrado de primavera.

Ahora la Pálida danza ella misma. En su mundo cráneo las cuencas orbitarias tienen una extraña fosforescencia y la quijada inferior le brinca como si fuera á desprenderse en una carcajada demasiado violenta. Se cubre los huesos sin carne con velos negros que acaso estén tejidos con humos de ciudades asaltadas; chapotea en la sangre, sorteando como una danzadora oriental, las espadas caídas, y sobre su cabeza agita la media luna chispeante de su guadaña, como Salomé sus siete velos pensando en la cabeza cercenada del Bautista...

Y mientras la Pálida danza, los pueblos aullan de dolor y de hambre. En pleno siglo xx, en este siglo de tantas conquistas científicas, de tanto ennoblecimiento para los espíritus sedientos de ideal, la Pálida y su hermana la Guerra se han unido, como en las épocas bárbaras y ya en sombra de muchísimos años... Y no ha sido el Oriente cuya alma conserva adormecidos, pero pronto á rebelarse, los bravos y sanguinarios instintos; no ha sido en las naciones del otro lado de los mares, nuevas y jóvenes, con todas las impacencias é irreflexiones de su mocedad; ha sido en la Vieja Europa y por caprichos imperdonables de los que se llamaban príncipes, campeones ó simplemente amigos de la casta y blanca virgen, á la que se representa con una paloma y un ramo de oliva...

Los aspectos grotescos

Las señoras están desoladas. El caso no es menos. Figúraos que no se publican periódicos de modas. ¿Cómo se van á vestir este otoño? ¿Cómo van á saber lo que se llevará este invierno?

Compadecámoslas á estas pobres víctimas de la guerra. Se verán obligadas á vestir como han vestido durante todo el año y á llevar los sombreros de la misma forma.

He ahí una terrible consecuencia de la guerra que todavía no ha encontrado ningún Montecristo que la lllore en prosa jeremiaca...

ooo

¿No habéis pensado en cómo nuestra patria tenía ocultos á formidables estrategas, á profundos estadistas de la diplomacia internacional y á maravillosos y expertos conocedores de todos los países?

Sin embargo, mientras esos estrategas, diplomáticos y viajeros se limitan á sus discusiones de café ó de oficina, menos mal. Lo cómicamente intolerable es cuando son escritores que se creen en la necesidad de entender de todo...

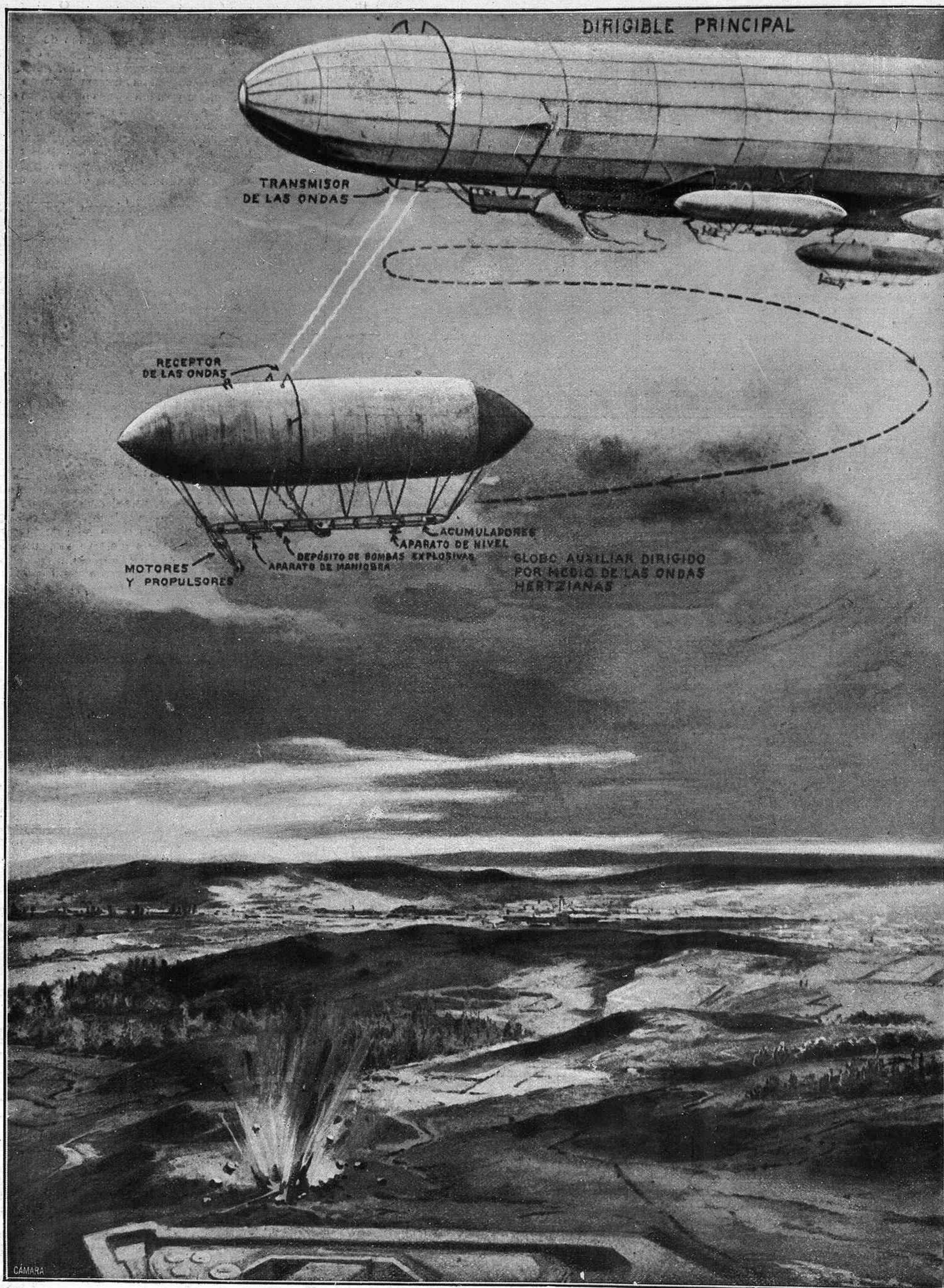
José FRANCÉS



París.—Las mujeres de los empleados de los tranvías sustituyendo en el servicio á sus esposos, que han ingresado en el Ejército con motivo de la guerra

FOT. CH. FLAVIENS

UN ARMA TERRIBLE DE COMBATE



Ofreciendo el dirigible, por su enorme volumen, un blanco fácil á la artillería, un ingeniero inglés, Mr. R. Phillips, ha propuesto al Gobierno de su país el modelo de un globo de esa clase que puede eludir el peligro. El dirigible en cuestión lleva otros globos pequeños suspendidos de sus costados, y que pueden ser dirigidos desde cualquier altura y realizar impunemente el bombardeo de una ciudad ó campamento

LA ESFERA

DIBUJOS A LA ACUARELA



PAISAJE DE GRANADA, por Sádaba

LOS CAZADORES ALPINOS EN LA GUERRA



Sección de ametralladoras de un batallón alpino

FRANCIA reforzó el ala izquierda de su ejército con el más selecto de sus fuerzas: tiradores argelinos, briosos zuavos, imperturbables senegaleses y cazadores alpinos trataron, en enlace con las huestes británicas de detener el impulso ofensivo de los germanos.

Fué inútil empeño: eran escogidas aquellas bravas unidades, adiestradas en la fatiga y prestas al sacrificio; su heroísmo sucumbió ante el número y destreza de los prusianos.

Entre estas tropas especiales y abnegadas figuran los cazadores alpinos, en uno de cuyos batallones prestó el servicio militar el hoy presidente de la República M. Poincaré.

El uniforme de los cuerpos alpinos es: boina y blusa-dolmán, de paño azul oscuro, borceguí de suela gruesa, ancha y desbordando el total de la pala; usan los soldados en vez de polainas, unas bandas ó tiras de paño azul oscuro con las que se envuelve la pierna, cogiendo debajo el pantalón. En vez de capote lleva esclavina con capucha.

Su equipo es igual al de los demás cuerpos de infantería; pero los soldados están provistos de un bastón con fuerte regatón de hierro para marchar por la nieve y de abarcas especiales, así como de manta y tienda-abrigo. Nacieron estas tropas por iniciativa italiana en 1872. El general Ricotti, ministro de la guerra, italiano creó 15 compañías alpinas, para que, adiestradas en la guerra de montaña, vivaqueando en las crestas que dominan los pasos de Mont-Cenis y Mont-Ginebra, fueran en caso preciso, valladar de una invasión por aquella helada zona de las nieves perpetuas.

En estas unidades, que Francia tardó cerca de dos años en copiar á Italia, el espíritu de cuerpo es palanca poderosa que las hace eficaces y allivas. El culto á la bandera, á la tradición, al historial del batallón, cimenta un sentimiento de orgullosa vanidad que hace al soldado afrontar impávido la muerte por

prestigio del uniforme que ostenta. En 1881 nacieron á la vida oficial los batallones alpinos franceses, corolario de unas maniobras que dirigió

tos, acariciados por doctos generales. De los 30 batallones de cazadores que posee el ejército francés, fueron declarados alpinos los números 11, 12, 13, 14, 22, 28 y 30, destinándoseles á la 14 región: Grenoble, Gap, Annecy, Chambéry, y los 6, 7, 23, 24 y 27 que los destacaron á la 15 región: Niza. El personal de cada batallón de alpinos es de 34 jefes y oficiales, 930 clases y soldados y 10 caballos de silla.

Cada cuerpo de éstos tiene afectos á él: una batería de montaña, una sección de ingenieros y otra de ametralladoras.

En total, hay pues, 12 batallones de alpinos, cada uno con plana mayor, 6 compañías y cuadro complementario.

Los Alpes franceses están muy despoblados y esto hace que el reclutamiento no sea local: se escojen para este penoso servicio soldados de poca estatura, fuertes, ágiles, robustos y andarines, que con el morral á la espalda y el fusil en bandolera, escalan las más inaccesibles pendientes y hacen destacar su azulada boina sobre la blanca nitidez de las nieves perpetuas.

Los guías, arrieros, cazadores de gamuzas son elegidos para alpinistas, previo informe de las sociedades alpinas.

Al movilizarse estas unidades alpinas, suman, entre los 12 batallones, 24.000 hombres.

Y estas tropas de montaña, aptas para la lucha en terreno accidentado, han combatido en el llano, han avanzado por la planicie, uniendo su esfuerzo desesperado al de los aguerridos zuavos, y al de los sufridos senegaleses.

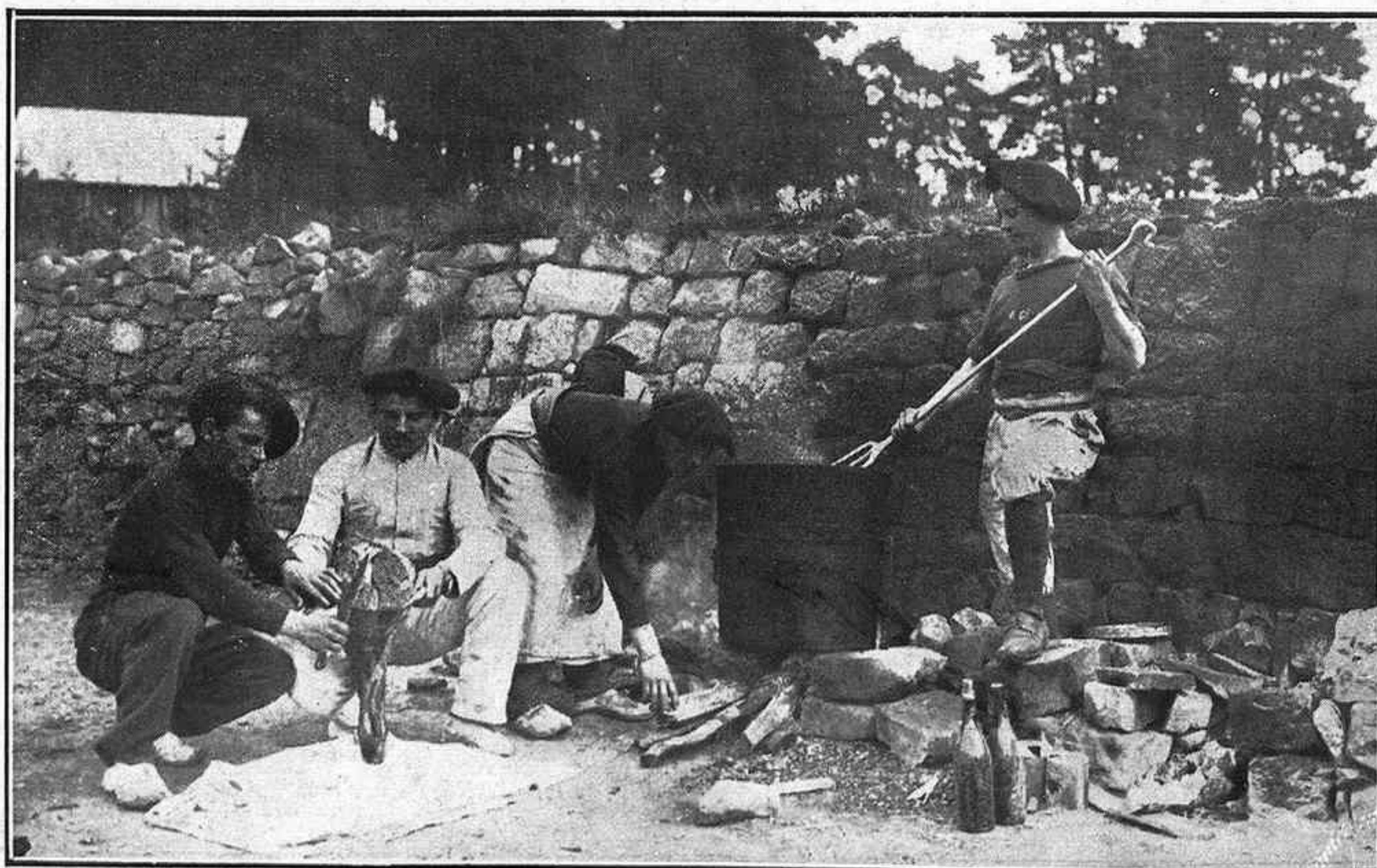
Lucha titánica, abnegada, desigual del valor contra la ciencia, de la improvisación contra el cálculo, del invasor contra el derrotado.

Esfuerzos patrióticos de un pueblo que se quiebra contra la compacta preparación de ocho lustros.



Impedimenta de los cazadores alpinos

el jefe del 15 cuerpo de ejército, general Billot, que al siguiente año era ministro de la Guerra; pero hasta 1888 no tuvieron efectividad estos proyec-



El rancho de los cazadores alpinos

FOT. CH. FLAVIENS

AURELIO MATILLA

ESCENAS DE LA GUERRA EN BÉLGICA



Entrada en Ostende de las tropas del Ejército inglés, que, formando parte de las fuerzas aliadas, han luchado con los alemanes en Bélgica



Familias de Diest pasando por las barricadas construidas por los soldados belgas para defender la población y dirigiéndose á Bruselas por temor al ataque de los alemanes

FOTS. HUGELMANN

LO QUE FUÉ

PRESENTACIÓN
• DE GAYARRE •DE LAS MEMORIAS
DE UN GACETILLERO

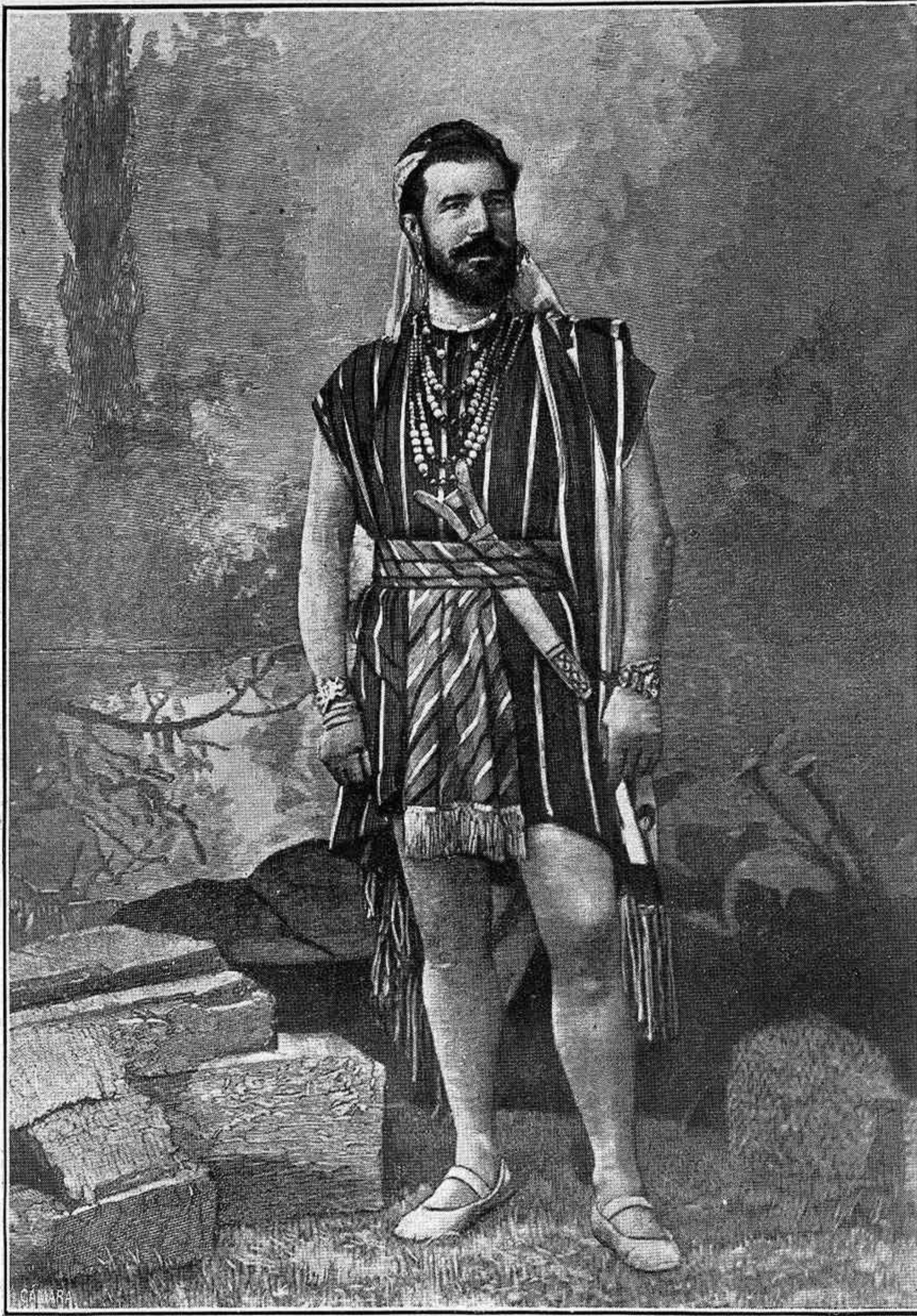
Pocas veces produjo un cantante en su presentación al público, efecto tan extraordinario, como el que causó Gayarre, cuando en los comienzos de Octubre de 1877, se dejó oír por vez primera en el Teatro Real. La fama había enaltecido los singulares méritos del tenor navarro. Se habían narrado sus proezas artísticas, sus cualidades excepcionales, los triunfos mil, conseguidos en los principales teatros de Europa. Pero, según reza la locución vulgarísima, la realidad superó á las esperanzas. Cantó Gayarre *La Favorita* y se le oyó, como se escucharía á un ángel que descendiese de los cielos para regalar con las notas de su divina garganta, á quienes tuvieron la felicidad de escucharlas.

Estuve en el paraíso del Real la noche en que se presentó el insigne roncalés y no recuerdo haber oído nunca mayores, más espontáneas, más ruidosas, más interminables salvas de aplausos. Era entonces jefe de la *claque* un buen mozo que durante muchos años fué dependiente del Banco de España. En aquella noche el director de la hueste de alabarderos, que estaba acostumbrado á lidiar con energía frente á los *paganos*, no tuvo que hacer el menor esfuerzo. Todo el público fué *claque*, todo, sin distinción de categorías. Se aplaudió con la misma furia en los palcos, en las butacas, que en la entrada general. Los ¡bravos! resonaron incesantemente y al concluir la representación, los estudiantes y gente alegre que constituían el grupo más levantisco de los asíduos al paraíso, esperaron á Gayarre, para que al trasladarse desde el escenario á su casa, oyese los postreros aplausos de aquella memorable y gloriosa noche.

No, no es manía de viejo dispuesto á disputar como excelente todo lo añejo con menoscabo de lo actual; es que voz como aquella de Julián, no la he oído nunca ni creo que habrá de oírse en mucho tiempo, si es que alguna vez se repite el milagro de dar á una laringe los privilegios de que gozó la excelsa voz de Gayarre.

Y eso que las circunstancias no fueron propicias para el lucimiento del gran tenor. Por de pronto, entonces no se preparaba tanto como ahora la presentación de las notabilidades. Apareció Gayarre sin la previa apoteosis que ahora se le hubiese dedicado. Al contrario, antes de comenzar la temporada del Real, sólo se dijo como anuncio interesado de Contaduría, que el público madrileño iba á aplaudir á la Lucca antes de que abandonase la escena.

Salió Gayarre, y después de unas cuantas *Favoritas*, sintióse enfermo de la garganta. Apesar de ello asombró con el Vasco de *La Africana*, pero rendido por la dolencia le fué imposible continuar su trabajo. En el Real, tuvieron que suspender las representaciones y cuando con el concurso de otros artistas volvió á funcionar, se produjo un escándalo de los gordos. ¡Buena la armamos aquella noche en el paraíso poniendo como ropa de Pascua al empresario! Pues, apesar de todo, al reaparecer Gayarre, se disiparon los enojos y la noche en que cantó *Los Puritanos*, y eso que la tiple era de lo peorcito en su género, las ovaciones resonaron como formidable tempestad y Julián obtuvo uno de los más ruidosos triunfos de su vida.



Julián Gayarre en "Los pescadores de perlas".—(De un retrato de la época)

Tamberlik, ya decadente, pero siempre artista soberano, cantó en la misma temporada *Polito*. La Borghi y Boccolini se hicieron también oír en aquél año famoso, pero nada fué comparable al entusiasmo que despertó nuestro ilustre compatriota, quien después de haber llegado á la cumbre del éxito en Italia, ofrecía á España sus incomparables méritos.

En el otoño de 1877 y en buena parte del invierno, apenas si se habló de otra cosa que de Gayarre, y eso que las murmuraciones públicas tuvieron temas muy apropiados para entretener á los concurrentes de círculos, cafés y tertulias. Se comentó mucho un suceso ocurrido en la calle de la Fresa. Desde una ventana del último piso de cierta casa, lanzaron á primera hora de la noche dos cohetes. Los guardias, alarmados, subieron al cuarto de donde habían salido los voladores, pero indecisos antes de realizar la empresa, solicitaron el concurso de un jefe del ejército que pasaba por la Plaza de Santa Cruz. El oficial ascendió por la empinadísima escalera de la casa y le siguieron los agentes de la autoridad. Llamó al cuarto, se abrió la puerta y al franquearla el oficial, sonó un disparo de arma de fuego. A él contestó el agredido con su revólver, y después de una rapidísima lucha durante la cual, según referencias de testigos, escaparon algunos de los contendientes, al reconocerse el terreno se encontró muerta á la persona que había resistido el requerimiento de la autoridad.

Este suceso se fantaseó mucho en corrillos y conversaciones particulares, hablando de conspiración descubierta, de planes revolucionarios

fracasados y hasta de ficciones policíacas para justificar ciertas rigurosas medidas.

Todo ello se dijo en voz baja, porque en los periódicos ¡cualquiera se atrevía! Por lo más inocente originábase una denuncia, que en aquella sazón equivalía á poner en riesgo á la empresa periodística condenada, porque las suspensiones, quebrantaban á las más poderosas.

Un núcleo muy importante de opinión y bastantes políticos de importancia, vivían fuera de la legalidad, trabajando por derribar la Monarquía borbónica para que se renovasen los ímpetus revolucionarios vencedores en Alcolea. Ruíz Zorrilla, desde París, y en España muchos amigos suyos, apercibíanse á una contienda, dilatada luego al través de los años, y los mismos constitucionales que veían á Cánovas, prolongar y aun robustecer su existencia ministerial, contemplaban con simpatía las inquietudes y manejos de los radicales y republicanos.

Contra tales maniobras hizo uso de sus armas D. Francisco Romero Robledo, objeto de las más implacables diatribas, de las mayores censuras por parte del elemento liberal y avanzado. Cánovas del Castillo era como la fuerza intelectual de la Restauración. Se le combatía, pero con respeto.

En cambio, su segundo Romero Robledo, recibía todas las iras del elemento democrático, por lo mismo que era el encargado de vigilar á los peligrosos, tener á raya los temibles y dar al traste con los intentos de conjura.

Entonces, también se habló mucho del juego.

Cuando las circunstancias exigen ó el error aplica grandes restricciones en la vida social, el juego, como otros vicios análogos, aumenta su intensidad.

Determinadas tertulias nunca fueron tan numerosas, ni estuvieron tan concurridas como en las épocas en que se perseguía á los establecimientos públicos, para que cerrasen pronto sus puertas durante la noche.

Se habló en el período á que aludo, de que menudeaban las partidas donde el oro pasaba desde unos á otros bolsillos, mediante la intervención de banqueros que se quedaban con partes muy considerables de las cantidades disputadas.

Pero los comentarios hechos acerca de lo que ocurría en varios círculos de Madrid, y el gran imperio que tuvo en aquel entonces la baraja, no pasaron de la murmuración para tomar el noble aspecto de acusaciones públicas. Apenas si algún periódico permitióse publicar insignificante gacetilla.

El silencio se imponía á todos como medida de buen Gobierno, de aquel Gobierno al que acusaban por sus audacias liberales, todos los moderados y reaccionarios, que al llegar la Restauración, creyeron sonada la hora de su desquite y se encontraron con que la Monarquía pensaba que al otro lado del puente de Alcolea, y con las huestes vencidas de Novales, se habían quedado para siempre derrotadas las exageraciones arruinadoras del trono de doña Isabel II.

Por la transcripción,
J. FRANCOS RODRÍGUEZ

LA GUERRA VISTA POR NUESTROS ESTRATEGAS DON JULIO AMADO

Cuando llegamos al chalet del señor Amado, en Torrelodones, ya D. Julio nos esperaba en la Glorietta del caserío. Sonriente vino á nuestro encuentro.

Unos apretones de manos cariñosos. Unas frases sobre la hermosura del día y el emplazamiento delicioso del hotel y pasamos dentro de la casa. Allí rendimos homenaje á la linda esposa del gerente de *La Correspondencia Militar* y á sus dos angelicales retoños que son dos flores con sople divino de criaturas.

Mientras que llegaba el momento de comer, nos instalamos en el despacho y allí, entre sorbo y sorbo de sidra *frappé* enhebramos nuestra conversación sobre la guerra.

—¿Qué nos dice usted de los acontecimientos europeos?— comencé preguntándole.

—Por lo pronto que no creo que esta guerra haya sorprendido á nadie que haya seguido de cerca la preparación guerrera de las principales naciones beligerantes. En estos últimos años ha sido una fiebre de armamentos, sobre todo en Alemania, y claro que estos armamentos tenían su objeto y su misión, que no era nada tranquilizadora, aunque algunos optimistas veían en ello una garantía de paz. Todo eso era un capital que se iba acumulando y que en su día había de rendir su crecido interés. El día ha llegado.

A juicio de mucha gente, Alemania es la causante de la conflagración.

—Contra esa opinión de muchas gentes, yo creo—rechazó el señor Amado—que Alemania no ha provocado la guerra actual. Lo que ha ocurrido es que ella que veía que por una parte Rusia, y por otra Inglaterra, tratában de cercenar su mercado y echarse encima, ha tenido necesidad de aprovechar el momento que más le convenía para liquidar esta guerra que ya era inevitable. Si nó veamos: Francia acababa de votar la ley de los tres años que aumentaba considerablemente su poderío; Rusia estaba ya implantando su nueva organización militar, que dentro de dos años la haría mucho más temible; y por último, en este año la superioridad naval de Inglaterra era menor que en el año próximo. De modo que se puede asegurar que si este conflicto hubiera estallado dentro de un par de años la superioridad de Inglaterra, Rusia y Francia hubiera colocado á los alemanes en una situación mucho más grave de lo que puedan desear hoy sus mayores enemigos. Por lo tanto, á Alemania, á mi juicio, no le quedaban más que dos caminos: ó renunciar á su puesto en Europa y disponerse á ver morir su comercio y su expansión, cosa que no hace ningún pueblo, ó aprovechar la primer circunstancia para sacar partido de la superioridad temporal en que se encontraba.

Hubo un corto silencio durante el cual apuramos una caña de sidra. Después nuestro visitado continuó hablando con más fervor, con más elocuencia.

—Yo, creo, que no es propio de hombres cultos hablar de que en esta guerra de un lado está la civilización, la democracia y el progreso, y de otro, está el militarismo, el cesarismo y el sectarismo; á mi juicio, y supongo que al de todo el mundo, estos pueblos, todos muy aman-



El comandante de Caballería y diputado á Cortes D. Julio Amado, con su mujer y sus hijos, en el jardín de su hotel de Torrelodones. FOT. SALAZAR

tes de la civilización, todos muy progresivos y que han hecho mucho bien por la Humanidad, se han visto en la necesidad de chocar y eso es independiente de las ideas políticas.

—Las guerras son un horror... Con el tiempo hay que suponer que desaparecerán—observé yo.

—Está usted equivocado, amigo «Audaz». La guerra es un horror, sí; una brutalidad, pero subsistirá mientras en el mundo haya hombres, porque habrá ambiciones. ¿Qué diríamos nosotros de las personas que formaran una Liga contra las enfermedades con la ilusión de desterrarlas del mundo y nos asegurasen que con el tiempo no habría dolencias de ninguna clase?... Nos reiríamos ¿verdad?...

Asentimos sonriendo.

—Pues exactamente hay que hacer con quien profetice el desarme europeo y la desaparición para siempre de las guerras, porque estas también son una enfermedad, que lo único que puede uno hacer contra ella es prevenirse para no sucumbir entre sus garras...

—Y respecto al desenvolvimiento de la guerra franco-alemana ¿qué me dice usted?...

—El punto capital de esto, que se discutirá mucho, ha de ser la invasión de la noble Bélgica. Yo me permitiré decir modestamente que los que se asustan de tal cosa es porque no han leído lo que han escrito los mismos franceses sobre este punto. La invasión de Bélgica estaba descontada y en la conciencia de muchos europeos; de tal manera, que si los alemanes no hubiesen violado esta neutralidad, los franceses, en cuanto hubieran tenido un contratiempo en el Este, la hubieran violado para contener el avance germano. Además, se puede repasar la Historia y no se ofrece un solo caso de que consideraciones sentimentales y morales de esta índole hayan contenido á un pueblo cuando se ha tratado de su instinto de conservación y en un momento tan supremo. En el terreno individual ocurre otro tanto. Cuando en su casa de usted se produce un incendio, no duda usted un momento en echar abajo el tabique del vecino, sin mandamiento judicial y hasta sin pedirle permiso al interesado; pues lo mismo es una nación.

—¿Y qué juicio tiene usted sobre el final de la campaña?...

—Yo creo que incurra en pedantería quien se aventure á formular un juicio definitivo; empiezo por creer que es posible que no hayan entrado en fuego todos los factores que tienen que alternar en esta guerra. Porque de un momento á otro puede intervenir un país insignificante y que sin embargo decida la victoria, por llevar tropas de refresco. Lo único que hoy se puede asegurar es que los alemanes desarrollan su plan de campaña con arreglo á todos los principios admitidos y sancionados por la experiencia del arte de la guerra. Y que respecto á lo que acontece á Francia somos muchos los que siguiendo con atención la política de este país, teníamos, por desgracia, para los franceses, descontado este fracaso; porque sus generales, que son buenos, y su oficialidad, que es magnífica, no han podido ni instruir bien sus tropas, ni militarizar el país, — desde el punto de vista moral ¿eh? — porque los políticos franceses han creído que una nación democrática debía

debilitar la disciplina y transformar la moral del ejército llevando á los cuarteles las luchas de bandería política; con todo lo cual han restado grandes elementos de defensa al generalato y oficialidad, cometiendo el grave error de creer que una explosión de sano patriotismo podría subsanar en pocos días tan graves abandonos.

—¿Cual cree usted que será el propósito de los alemanes antes de ir á la paz?

—Lo que parece que se deduce de los hechos: y es que Alemania trata más que de conseguir resonantes objetivos populares, de lograr el fin primordial de un ejército en campaña: destruir, anular al enemigo y por lo tanto cuando hayan reducido á franceses é ingleses, si lo logran, como han hecho con los belgas, mandarán grandes núcleos de tropa al teatro de operaciones Oriental para anular, por lo menos, la acción ofensiva de los rusos.

—¿Y respecto á la intervención de España?

—Que esta no es la hora de recordar lo que nosotros hemos debido hacer en política internacional y la forma como militarmente hemos podido prepararnos. En estos momentos solo puedo afirmar que el Gobierno hace muy bien en MANTENER Á TODA COSTA NUESTRA NEUTRALIDAD; pero que hay que hacer dos afirmaciones terminantes: primera, que es una obligación ineludible del Gobierno prepararnos para HACER EFECTIVA ESA NEUTRALIDAD; y segunda, que el Gobierno debe declarar que si alguna potencia europea, por imposición ó por agresión, nos obliga á romper la neutralidad, debemos ayudar con todas nuestras fuerzas al grupo contrario de aquellas potencias que nos obliguen á romperla. Lo cual es posible y honrado desde el momento que todos nuestros gobiernos han declarado que no tenemos compromisos internacionales. No proceder de esta forma será peligrosísimo porque pudiera dar lugar á que una potencia, interesada en romper nuestra neutralidad, nos obligara á ello para ayudarlo y en este caso el pueblo español si tiene instinto de conservación y conciencia de su dignidad deberá arrollar ¡así arrollar! á los que intenten llevarle por tal camino. Aparte que nosotros dentro de nuestra neutralidad podemos hacer mucho por la paz europea...

EL CABALLERO AUDAZ

EL ÚLTIMO BALUARTE BELGA



Vista parcial de Amberes tomada desde un aeroplano

AMBERES Y SU CAMPO ATRINCHERADO

La invasión en Francia, había de efectuarla el grueso del ejército teutónico, por Bélgica, no solamente por las razones de orden estratégico expuestas mil veces estos días, de ser el camino más corto y que con menores dificultades había de conducirlo a su objetivo, París, evitándole así el retraso consiguiente ante las barreras de la frontera oriental francesa, sino que tratándose de tan grandes masas, venía impuesta la penetración del núcleo principal por ese lado, por las exigencias de su concentración y además por la necesidad de los avituallamientos. Para lo uno y lo otro, reúnen inmejorables condiciones los valles feraces del Herve y las llanuras ubérrimas de la Hesboye que se extienden á derecha é izquierda del Mosa. La máxima de César de que «la guerra debe alimentar la guerra», con la que indicó que los invasores debían vivir á expensas del país conquistado, es hoy de tan imprescindible aplicación como entonces, á pesar del gran desarrollo que han alcanzado los servicios de abastecimiento, pues en muchos casos, no podrán llegar los convoyes á las líneas más avanzadas.

La prodigiosa preparación para la guerra, que tenaz y perseverantemente ha venido persiguiendo Alemania años y años, la ha permitido inundar con sus ejércitos en tres semanas casi toda la Bélgica, sin que haya sido parte á evitarlo, la heroica resis-

tencia que ha hecho esta nación disputando al invasor el terreno palmo á palmo, empezando por Lieja—en donde puede decirse que

los primeros fogonazos de sus cañones, fueron las almenaras que pusieron en conmoción á todo el país—y siguiendo por Tirlemont, Dierl, Haerlen, Alost, Malinas, Namur y Charleroi.

Cuando un valladar tan poderoso como es el ejército francés auxiliado por el inglés, no ha podido contener la irrupción germánica, ¿qué extraño es que el minúsculo ejército belga se viera arrollado? Ahora podemos comprender toda la magnitud de su esfuerzo, que precisa justipreciar como se merece.

En vano ha sido que el rey Alberto, en un supremo gesto de indignación, haya acudido al mágico resorte de la exaltación patriótica de sus súbditos, que en vibración intensa ha hecho olvidar las tradicionales diferencias entre walones y flamencos, para unirlos estrechamente contra el extranjero que ha hollado con su planta el territorio nacional. Desde el día que el Kaiser, á horcajadas sobre Europa, la corrió briosamente las espuelas y puso en marcha todo el aparato militar del Imperio, estaba decretada la suerte—al menos temporalmente—del pequeño y floreciente Estado cruzado por el Escalda.

Sin embargo Bélgica, aun en el caso de que Amberes, su último reducto, cayese en poder de sus enemigos después de una defensa titánica como la de Lieja, podría repetir las conocidas palabras de Francisco I: «todo se ha perdido menos el honor». A las naciones como á los indi-

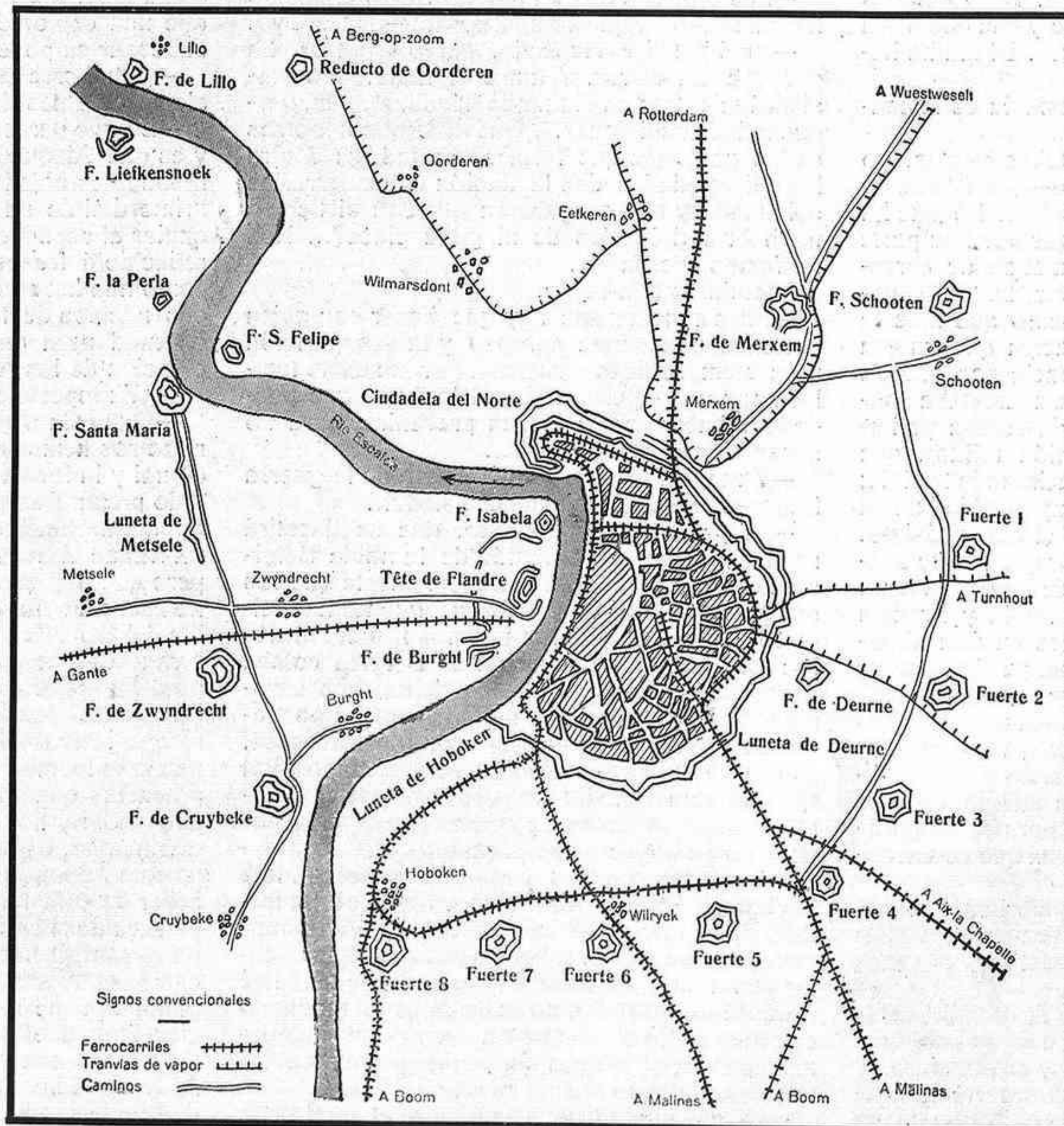


Gráfico de las fortificaciones que defienden la plaza de Amberes

UN EPISODIO DE LA DESTRUCCIÓN DE LOVAINA

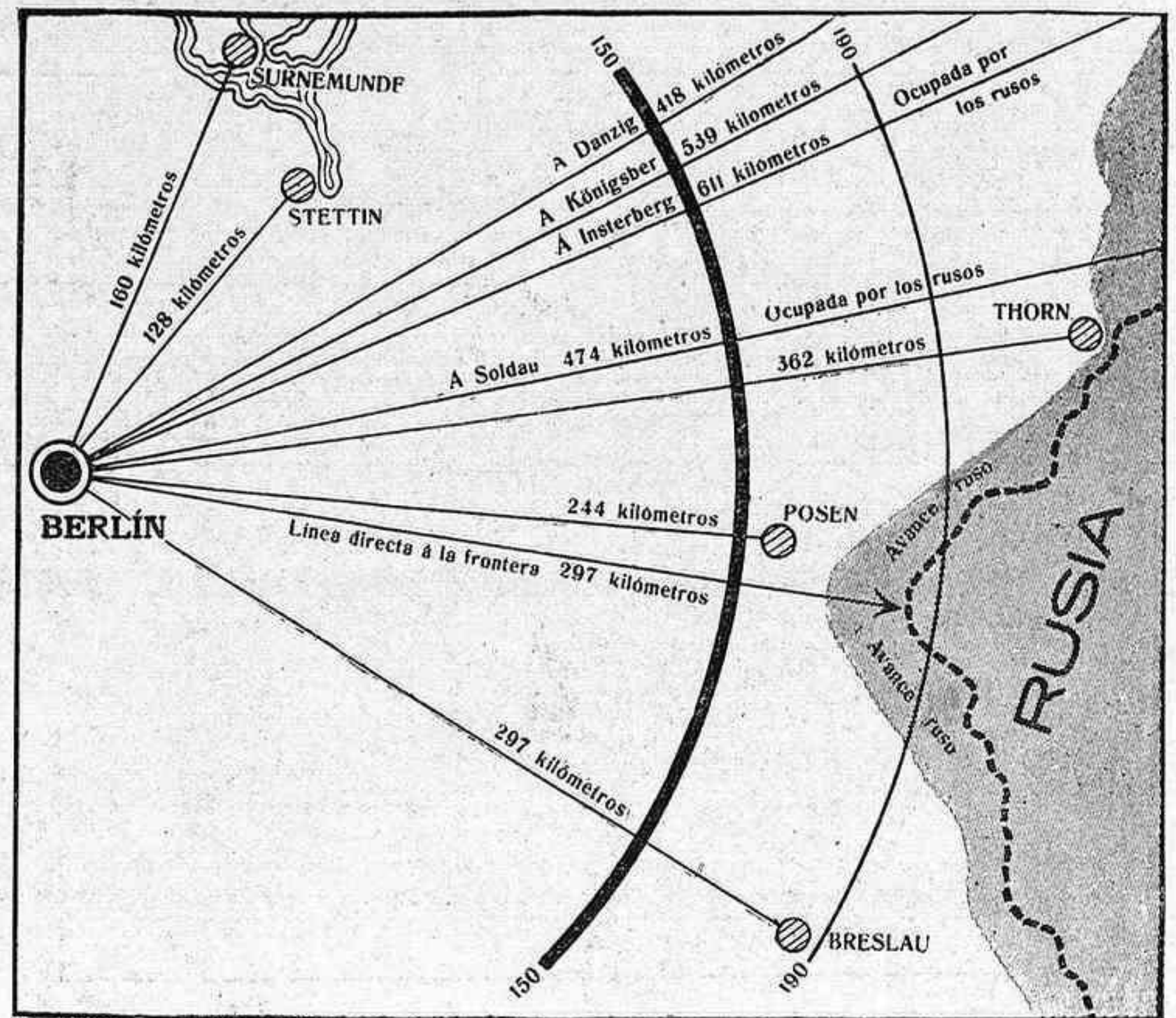
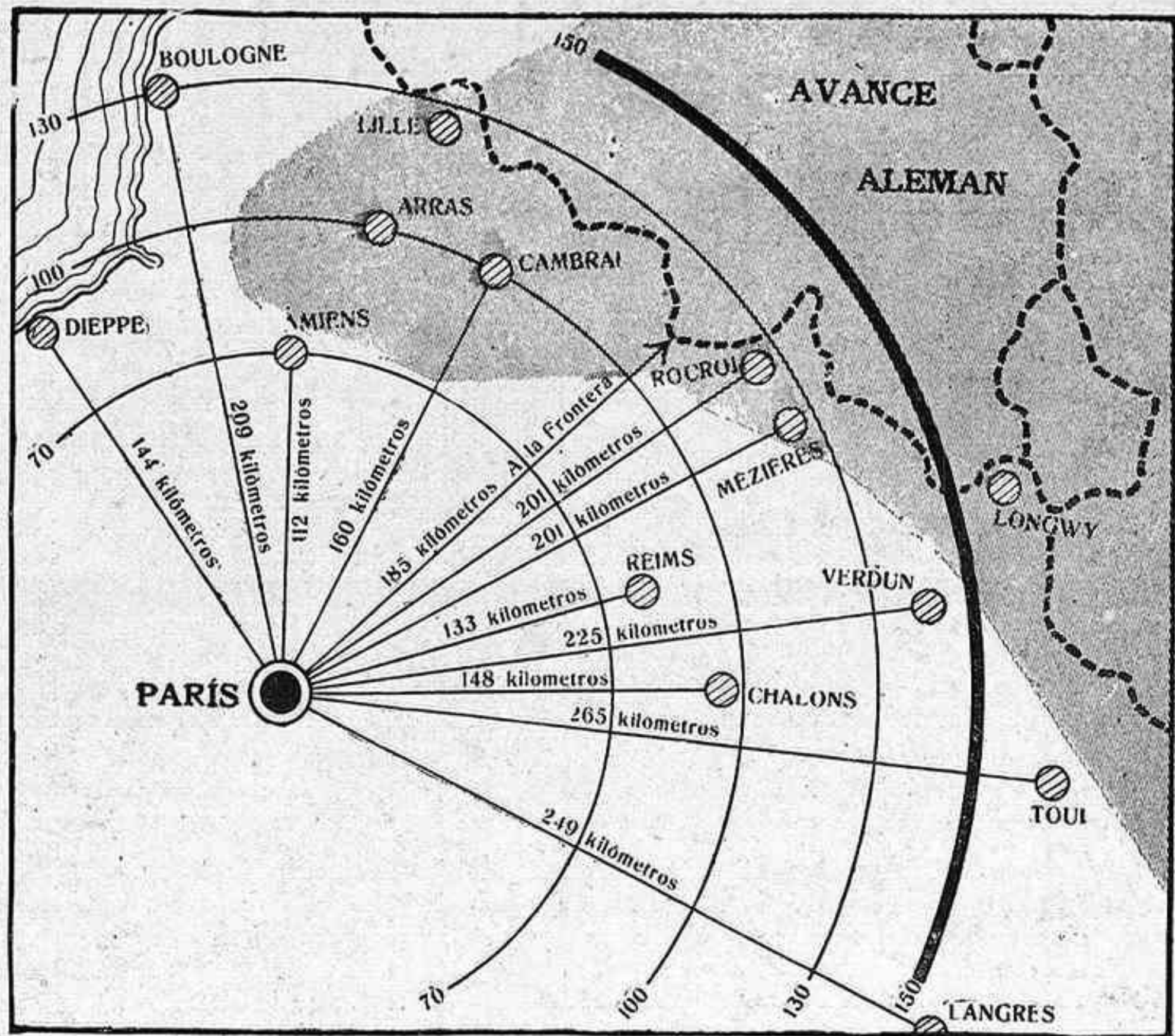


BIEN DE
BIBLIOTECA
MADRID

GENTES DEL PUEBLO ARROJADAS DE LOVAINA MIENTRAS SE CONSUMABA LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD POR LOS ALEMANES

Un cuadro patético de la invasión de Bélgica fué el que ofrecieron los alrededores de Lovaina, la infortunada, el día de su destrucción. Mientras la Artillería y el incendio daban cuenta de la vieja capital de Brabante, patrullas de hulanos arrancaban á sus hogares mujeres, ancianos y niños y los conducían prisioneros á los pueblecillos comarcanos para que presenciaran el tributo de muerte impuesto á la ciudad que osó resistirse á los invasores

CÁLCULOS BÉLICOS Y PREDICCIONES GUERRERAS



Zonas críticas del desarrollo de las operaciones. Los dos avances, alemán y ruso, comparados por medio de semicírculos, presentando los principales objetivos de las campañas

C EGADOS por el patriotismo é inspirados por su creciente odio á los germanos, confían los técnicos ingleses en que el avance ruso obligará á los alemanes á modificar su primitivo plan, que según ellos, era aniquilar velozmente á los aliados en Francia y deshacer después á los rusos en la Prusia oriental.

Tal vez, aunque no tan en absoluto, fuera este el esquema prejuzgado por el Estado Mayor alemán; pero las circunstancias lo han variado, sin que esta variación alcance la derivación asignada por los técnicos ingleses.

Estudiaron estos, en gráficos como los adjuntos, la situación de los alemanes en Francia, en primero del corriente mes de Septiembre; los arcos graduados, de 70, 100, 130 y 150, este último de trazo más grueso, marcan las posiciones de las plazas francesas más importantes, del teatro de la guerra, y señalan, en los respectivos radios sus distancias en kilómetros, al centro de todos los arcos: París. Las líneas de puntos marcan en la extrema derecha la línea fronteriza de Bélgica, á la izquierda, el Luxemburgo, en el centro, y la frontera Nordeste franco-alemana, á la derecha. La otra línea sinuosa, punteada, señala la posición de las tropas germánicas, en dicho día primero de Septiembre, desde Boulogne-Sur-Mer á Longwy, pasando por Lille, Cambrai y Rocroy.

Efectivamente tales eran las posiciones de los invasores, pero en pocos días el ala derecha convergió hacia París, á cuyas inmediaciones llegaron. Aceptada la batalla por los aliados, los alemanes, tras ruda y tenaz pelea se retiraron en toda su extensa línea de combate.

Iniciaron los teutones su peculiar movimiento envolvente en el flanco izquierdo de las fuerzas aliadas, viéndose precisados á interrumpirlo, acaso, por la exajerada extensión de sus líneas combatientes, ya por la necesidad imperiosa de concentrar elementos en un punto para romper la línea enemiga. Ya que no lograban un envolvimiento á lo Moltke, intentaron un rompimiento á lo Napoleón.

Las noticias de la marcha de la campaña ó son franco-inglesas y presentan á los alemanes poco menos que en vergonzosa fuga, ó son berlinesas y sedimentan triunfos prusia-

nos. El segundo gráfico comparativo de los técnicos ingleses marca la posición de los moscovitas en la lucha oriental, determinándola en el precitado día 1.º de Septiembre. En él los arcos graduales se ven más alejados del centro, Berlín, que los de la invasión francesa. Se ve, comparándolos, que los asaltantes no han penetrado en el paralelo 180; pues la Prusia oriental tiene sus fronteras, y los territorios que preceden á la línea fortificada del Vístula, á mayor distancia.

La línea puntuada de la invasión se señala sólo en los límites de la Polonia rusa, entre los brazos de la tenaza alemana y austriaca. Desde Thorn, bordea Posen y sigue su sinuosidad paralela á la frontera y alejada de Breslau.

Cálculos, tal vez fallidos ya, daban por cierto que en 1.º de Octubre mediarían las pesadas fuerzas invasoras rusas la distancia de 244 kilómetros que separan á Posen de Berlín, y que en 1.º de Noviembre llegarían los moscovitas á los arrabales de la capital del imperio germánico.

Desde el 1.º de Septiembre á la fecha las fuerzas invasoras han sufrido graves quebrantos en la Prusia oriental, y estos imprevistos contratiempos las han dispuesto á la defensiva, lejos de todo avance, que por otra parte hubiera hallado el obstáculo insuperable del Vístula en todo tiempo, y las heladas estepas y pantanos, como valla contenedora, en el próximo otoño.

Por la Polonia no parece que haya sido el

avance proporcional al cálculo hipotético de los ingleses; mas el problema ofrece una nueva solución con las derrotas austriacas en la Galitzia, desastres que pudieran abrir otra línea invasora en la ruta de Berlín.

El tercer gráfico inglés, que transcribimos, señala con flechas la dirección de ataque de 9 cuerpos de ejército rusos: 5, en la Prusia oriental; 4, en la Polonia rusa, y 2, en Austria; y de esta posición inicial estratégica, y de los triunfos con que se dió á conocer el avance moscovita deducen los calculistas, que, amenazado seriamente el corazón de Germania, grandes núcleos de los ejércitos combatientes en Francia y Bélgica, volverían grupas hacia el Norte en la ruta de Berlín, tomando como bases de operaciones, para este retroceso estratégico respectivamente, y de izquierda á derecha: Bruselas, Lieja y Namur, en Bélgica; Colonia, Metz, Maguncia y Estrasburgo, en la línea fronteriza de Alemania y Francia.

Sospechar esta desbandada, es dar por sentado el triunfo de los aliados en la Galia. Este triunfo, según nuevas franco-inglesas, ha dado feliz comienzo en la línea del Marne, en la que, tras desesperada lucha, extenuados por la fatiga, han retrocedido apresuradamente los soldados teutones.

Mas, aunque esta retirada total tenga plena confirmación y simbolice una victoria de las huestes aliadas, ya que no una maniobra estratégica germana, la que no es concebible, es un abandono de los campos del Sur por acudir á los del Norte, máxime siendo un hecho los triunfos germánicos en la Prusia oriental, triunfos que han sido dique de contención de los ejércitos moscovitas invasores.

La lucha proseguirá con descalabros ó sin ellos; los alemanes no abandonarán con tanta facilidad el terreno francés y caso de que el empuje de los aliados fuese tan irresistible que los obligase á defenderse en su territorio, tienen soberbiamente fortificadas las orillas tan famosas del Rin y en la otra ribera el natural obstáculo de la Selva Negra y por ende un ejército disciplinado y compacto, un patriotismo ferviente, unos campos atrincherados excelentes y un Estado Mayor previsor.

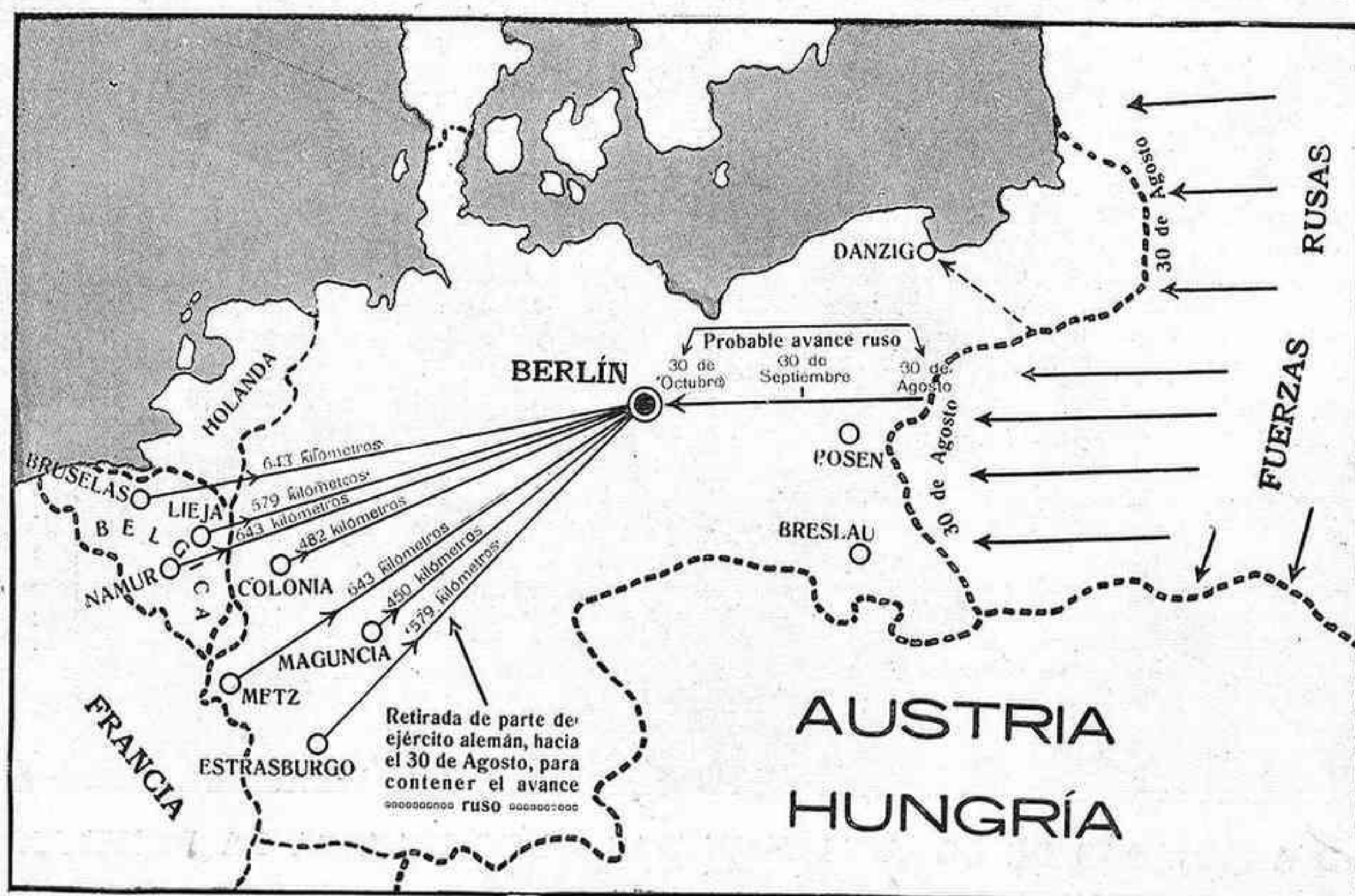


Gráfico del avance ruso en la Prusia Oriental, mostrando Berlín amenazado